

# Los Contemporáneos



## EL HIJO DEL COMODORO

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

LUIS REIG



Número extraordinario

10 Cents.

Ayuntamiento de Madrid



# PIANOS

**AUTOPIANOS y HARMONIUMS** de las mejores marcas, al contado y a plazos. Unica casa en **PIANOS** de verdadera ocasión, garantizados, desde 70 duros. Alquileres desde 10 pesetas. Afinações y reparaciones.—TELÉFONO 5.400.

**PARA BUENOS IMPRESOS  
→ Y SELLOS CAUCHO ←**

**Manuel López Ortega (hijos)**

**Encomienda, 20 duplicado**

**Gran rapidez. :—: Fundición diaria.**

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

## UNA SEÑORA

ofrece comunicar, **gratuitamente** a todos los que sufren de: neurastenia, debilidad general, vértigos, reuma, estómago, diabetes, tisis, asma, neuralgias y enfermedades nerviosas, un remedio sencillo, verdadera maravilla curativa, de resultados sorprendentes, que una casualidad le hizo conocer.—Curada personalmente, así como numerosos enfermos, después de usar en vano todos los medicamentos preconizados, hoy, en reconocimiento eterno y como deber de conciencia, hace esta indicación, cuyo propósito puramente humanitario, es la consecuencia de un voto.—Dirigirse únicamente por escrito a D.<sup>a</sup> **Carmen I. García**, Salmerón, 167.—Barcelona.

## Fábrica de corbatas

**Camisas, guantes, - - -**

**- - - géneros de punto.**

**Elegancia, surtido y economía.**

**Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo**

Ayuntamiento de Madrid



Mucho me quiere Ramón,  
y me quiere con locura,  
pues sabe que uso el jabón  
y los polvos PECA CURA.

**Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color moreno (siete matices) rosa o blanco, 2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 ptas., según frasco.**

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos color moreno (siete matices), rosa blanco, serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ, Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre, Rocío FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, Acacia, MUGUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los supera, NINGUNO los iguala en perfume, clase ni presentación. Últimas creaciones de

**CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA**



DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

## EL HIJO DEL COMODORO

Comedia en tres actos y en prosa, inspirada en una obra extranjera, por Luis Reig, estrenada en Barcelona, el 3 de agosto de 1918, en el Teatro Poliorama, por la compañía Antonia Plana y Emilio Diaz, y en Madrid, el 14 de septiembre de 1918, en el Teatro Infanta Isabel.

### PERSONAJES

Laura de Mont Blanch.....

Albertina Destournelles.....

Margot.....

La Condesa.....

Señora de Foix.....

Carlota (joven).....

Héctor Fernando.....

Fabricio de Mont Blanch (Comodoro de Marina).....

Doctor André.....

Destournelles.....

Rómulo Scipión.....

Lavigne.....

Tommy.....

Un Cartero.....

Sra. Antonia Plana.....

» Muñoz Sampedro.....

Sra. Diaz.....

Sra. Abrines.....

» Vera.....

Sra. Roig.....

Sr. Emilio Diaz.....

» Rausell.....

» Barden.....

» Romen.....

» Requena.....

» Aguirre.....

» Lagar.....

» Alcaide.....

La acción en París.—El primer acto en primavera, el segundo y tercero en verano. Derecha e izquierda la del actor.

### ACTO PRIMERO

Saloncito elegante moderno en casa de Laura. Sobre el caballete, que va adornado con telas artísticamente, va el retrato del Comodoro; procúrese hacerlo de medio cuerpo para que sea manejable, en él aparece el Comodoro con uniforme de Marina; es preciso buscar el parecido exacto con el actor y que esté bien pintado, pues va a la vista del público. Sobre la mesa grande habrá una carta geográfica y a ser posible una esfera no muy grande. Los cuadros deben ser marinos o bien asuntos de marina de guerra y que entonen con la decoración. Vitrinas con bibelots y objetos de arte. Sobre la chimenea un cuadro bueno, también asunto militar o marino. Procúrese dar la impresión de elegancia, pero con carácter de que es un marino el dueño de la casa. Los muebles están marcados. Gran lámpara en el centro del techo. Es de día, por la tarde.

TOMMY, con librea, por la segunda izquierda, trae varios periódicos en una bandeja. Va a la segunda derecha y llama.

TOMMY.—Señora, señora, los diarios. (Llama a la puerta.)

LAURA (Dentro).—Bien, déjelos sobre la mesa. (Tommy los deja en la grande, va a marchar. Aparece Laura.) Tommy, ¿no hay nada más?

TOMMY.—No, señora.

LAURA.—¿Del Ministerio no ha venido nada, ni han dicho nada por teléfono?

TOMMY.—En todo el día no ha habido noticia alguna.

LAURA (Descorazonada).—Está bien, retírate... (Mutis de Tommy.) ¡Otro día! (Sentándose. Tira los periódicos, mira la carta geográfica y la esfera) ¡Pero qué grande es el mundo, Dios mío! Y mi pobre Fabricio

dando vueltas por él... Hoy lo mismo que ayer, ni un sólo indicio, ni en el Ministerio tienen noticia alguna. (Queda contemplando el mapa, el doctor André ha aparecido a las últimas frases, y luego avanza hasta Laura.)

DOCTOR.—¡Siempre contemplando y estudiando el Polo Norte!

LAURA.—¿Eh? ¿Quién es? ¿Es usted, doctor? Qué susto me ha dado.

DOCTOR.—No era esa, ciertamente, mi intención.

LAURA.—Síntese usted, Máximo.

DOCTOR.—Me dijo Tommy que se encontraba usted en este saloncito, y dispongo de muy contados minutos, pues me aguarda un enfermo grave. Y usted, querida Laura, ¿cómo se encuentra desde anoche?

LAURA.—No del todo mal, como puede observar.

Ayuntamiento de Madrid





LUIS REIG

DOCTOR.—Me alegro mucho. ¿Y aquel mareillo, pasó?

LAURA.—Completamente: si no fué nada, el calor sofocante que hacía en el comedor de los Destournelles, influyó sobre mis pobres nervios ocasionándome aquel ridículo desmayo, que alarmó a todo el mundo y di mi pequeño espectáculo... ja, ja.

DOCTOR.—Sí, sí, yo fui el primero que notó su agitación, realmente es usted demasiado nerviosa; hay que *equilibrarse*.

LAURA.—Es una cosa bien molesta, créame usted, amigo mío, y esto me ocurre de poco tiempo a esta parte...

DOCTOR.—Ya, ya.

LAURA.—Sobre todo, siempre que voy a casa de Albertina. Es mi mejor amiga del colegio, y él, su marido, amigo de toda la vida.

DOCTOR.—Sí, ya lo sé...

LAURA.—Pero, francamente, es irritante que no estén cinco minutos seguidos sin prodigarse caricia tras caricia, acompañadas de sonoros besos y apretadísimos abrazos... No hay derecho... No se les puede aguantar.

DOCTOR.—Ja, ja.

LAURA.—Créame usted.

DOCTOR.—Hay que tener en cuenta que están aún en la luna de miel. Un año escaso de matrimonio... Ya ve usted, tienen excusa.

LAURA.—¡Oh!

DOCTOR.—Sí, debemos ser indulgentes.

LAURA.—¡Vaya! Seamos condescendientes con nuestros ardorosos amigos. (*Suspira.*) ¡Felices ellos!

DOCTOR.—¿Eh?

LAURA.—No, nada.

DOCTOR.—¡Vaya, venga esa mano!

LAURA.—Pero sin quedarse con ella ¿eh?...

DOCTOR.—¿Qué remedio! Se la restituiré en seguida, aunque no de muy buen grado. (*Pausa*) Pulso muy agitado, ¡pero mucho!

LAURA.—No es extraño, amigo mío. Sufro mucho, vivo en constante estado febril, y sin motivo alguno, siento llamaradas de fuego que abrasan mi cerebro.

DOCTOR.—Sí, sí; comprendido. Sentirá usted también la boca seca, una angustia infinita y grandes deseos de llorar, ¿no es así?

LAURA.—¡Maravilloso!

DOCTOR.—¡Oh!

LAURA.—Eso es. Hay veces que me echo a llorar como una chiquilla, sin motivo justificado, por nada, en suma... ¿Comprende usted, doctor?

DOCTOR.—Ya lo creo.

LAURA.—¿Será grave?

DOCTOR.—¡Oh! no: pero hay que atajar estas crisis, dominarlas. Hay que ponerse en cura.

LAURA.—Habrá algún remedio para esto, ¿verdad?

DOCTOR.—En el bolsillo lo traigo, como aquel que dice.

LAURA.—¿De veras?

DOCTOR.—Ya lo creo. Antes de venir a verla, tuve que visitar a la hija de mi amigo Eperey; una chiquilla adorable, rubia, con diez y nueve años y que tiene los mismos síntomas de usted.

LAURA.—¿Sí?

DOCTOR.—¡Yaya! Sofocaciones, mareos, angustias, calores... ¿Y sabe usted lo que la he recetado?

LAURA.—No.

DOCTOR.—Un marido guapo y joven, más joven que guapo.

LAURA.—¡Ah!

DOCTOR.—Un marido, eso es lo que necesita usted.

LAURA.—¡Ja, ja! Qué ocurrencia... ¡Pero si yo tengo el mío desde hace tres años?

DOCTOR.—Sí, pero... ad honorem. Dos años que está navegando por esos mares.

LAURA.—A los seis meses de casados.

DOCTOR.—Horrible.

LAURA.—Doctor...

DOCTOR.—Como que es preferible no sentarse a una mesa bien servida, si hay que levantarse a medio comer...

LAURA.—¿Y es culpa mía? El Comodoro partió por orden del Almirantazgo. Una comisión científica, y yo le espero, le espero...

DOCTOR.—Vaya; hay que decir la verdad.

LAURA.—¿Qué?

DOCTOR.—Pues que esta mañana me informé como hago diariamente en el Ministerio, pedí noticias de la "Estrella del Polo"...

LAURA.—¿Y qué?

DOCTOR.—La respuesta de siempre; no hay noticia alguna, y dicho por el Secretario del Ministro... todo inútil.

LAURA.—¿Y eso qué prueba? Que el Gobierno carece de noticias, acaso no pueden comunicarse con Francia... que están bloqueados por los hielos... qué sé yo...

DOCTOR.—Ya salió la novela... Son ya más de seis meses que se hacen gestiones y nada...

LAURA.—Bueno, sí; pero un hombre como el Comodoro, un marino tan experto, no sucumbe tan fácilmente. Esperaré.



DOCTOR.—¡Cual nueva vestal alimentando el sacro fuego!

LAURA.—¡Que no se apagará!

DOCTOR.—Pero, amiga mía, permítame que la diga que ese sacrificio entra dentro de los límites de lo inverosímil. Y además atenta usted contra su propia salud...

LAURA.—¿Yo?

DOCTOR.—A ver. Ni siquiera puede sufrir que se besen delante de usted los matrimonios...

LAURA.—Es que hay cosas... Y además que a los veintidós años me encuentro que no soy soltera, ni casada, ni viuda. La situación es difícil.

DOCTOR.—¿Difícil? Monstruosa y anormal.

LAURA.—A pesar de eso, esperaré hasta que me convengan los hechos que es inútil, y entonces...

DOCTOR.—¿Volverá a casarse?

LAURA.—¡No! Nunca segundas partes fueron buenas, sobre todo tratándose de Fabricio.

DOCTOR.—¡Oh!

LAURA.—Cuando se ha conocido el temple de un marido como mi esposo, no queda más recurso que llorarle, si es que ha muerto, y no soñar con que puedan reemplazarle.

DOCTOR.—¿Con que el temple?... Pero si le lleva a usted treinta años.

LAURA.—No lo niego. Treinta años de práctica, de conocimientos, de mundo, eso es todo.

DOCTOR.—¿Y quién le dice a usted que no hay alguien que le aventaje en todo?

LAURA.—Nadie, nadie; no existe.

DOCTOR.—¿Ah, no? Para apreciar eso hay que haber comparado antes. No se puede negar así en absoluto.

LAURA.—Lo mismo me dice Lavigné; todos lo mismo.

DOCTOR.—¡Valiente necio! Un hombre que le hace la corte con equívocas intenciones.

LAURA.—¡Ah, vamos! y las de usted son puras; completamente puras... ¡Qué gracioso! Doctor, qué gracioso es usted, qué gracioso.

TOMMY (Por la segunda izquierda).—Los señores Destournelles piden permiso a la señora para saludarla.

LAURA.—Que pasen; y si vienen más visitas hágalas pasar.

DOCTOR.—¿Y yo? ¿Qué? ¿Hago mi receta?

LAURA.—Si la cree necesaria... Ahí tiene usted...

DOCTOR.—Indispensable. (Escribe en la mesa grande. Laura va al encuentro de sus amigos y se sientan alrededor de la mesa pequeña, por lo tanto al pronto no reparan en el doctor. Sin besarse las señoras.)

ALBERTINA (Joven elegante y apasionada; su marido es un buen muchacho).—Cuanto me alegro de encontrarte levantada, querida.

DESTOURNELLES.—Como que llegamos a temer algo grave.

LAURA.—Afortunadamente estoy completamente bien; aquello pasó.

ALBERTINA.—Ya te diré yo lo que necesitas, pero a solas: ja, ja. (Muy confidencial y con picardía.)

DESTOURNELLES.—Siempre conspirando. (El doctor con su receta se acerca al grupo para despedirse.)

DOCTOR.—Cuente usted conmigo, Albertina.

ALBERTINA.—¿Usted aquí? Buenas tardes.

DOCTOR.—Pareja feliz...

DESTOURNELLES.—Conque nos asegura usted doctor, que no hay peligro para nuestra amiga?

DOCTOR.—¡Ninguno! Los nervios que están en perpetua tensión, que vibran... y se rompen.

ALBERTINA.—¿No se han de romper? Pero la culpa es tuya, completamente tuya.

LAURA.—¿Mía?

ALBERTINA.—¡Claro! ¿A quién se le ocurre casarse con un hombre que se pasa la vida en el mar? Yo no sería capaz de tal sacrificio.

DOCTOR.—¿Ve usted? (Con intención.)

ALBERTINA.—No comprendo qué te enamoró.

LAURA.—Me cautivó su distinción, su talento... y además era yo tan niña; todos me decían que era un partido... Qué iba yo a saber recién salida del colegio...

ALBERTINA.—No niego que es un buen tipo, y que vale mucho más que muchos jóvenes de hoy.

LAURA.—¡Oh! Eso sí...

ALBERTINA.—Que es un caballero, y arrogante todavía... pero un matrimonio con intermitencias, yo no me acostumbraría a semejante régimen... Yo que no puedo estar cinco minutos separada de mi Gustavo. (Tiername a su esposo; éste la besa entusiasmado.)

DESTOURNELLES.—¡Amor mío!

ALBERTINA.—¡Gustavo!...

LAURA.—Amigos míos... un poquito de caridad por lo menos...

Todos.—¡Ja, ja, ja!

DOCTOR.—Y yo me voy... pero he aquí la receta.

LAURA.—Veamos lo que me prescribe este tirano: Tómese en proporción al acostarse y muy de mañana, en ayunas a ser posible, un marido.

DOCTOR.—¿Eh?

LAURA.—¿Doctor!

DOCTOR.—Lea usted, lea usted...

LAURA.—Edad mediana, moreno.

ALBERTINA.—¿Por qué ha de ser moreno?...

LAURA.—Ojos oscuros, bigote castaño...

DESTOURNELLES.—¿Eh?

LAURA.—Pelo oscuro, etc...

ALBERTINA.—Pero eso es una filiación completa...

DESTOURNELLES.—Que corresponde...

ALBERTINA.—A...

DOCTOR.—Exacto, a mi humildísima persona. Nada de Agencias, nada de intermediarios.

Todos.—¡Ja, ja, ja!

LAURA.—Vamos, se necesita frescura.

ALBERTINA.—No opino como tú... yo encuentro esta proposición original y espiritual en extremo... ¡Sin contar con que te receta lo que te es más necesario!

LAURA.—¡Calla! Ya estoy casada, y espero a mi marido.

ALBERTINA.—Como Penélope. ¡Ja, ja!

LAURA.—¡Loca! No sabes lo que dices.



ALBERTINA.—¿Qué no sé? Oyes esto, Gustavo?

DESTOURNELLES (*Besándola.*) — No haga caso, amor mío. (*Besándola nuevamente.*)

LAURA.—Orden, orden, señores. ¡Qué fuego!

ALBERTINA.—Pero si no hacemos daño a nadie...

DESTOURNELLES.—Y sobre todo, que soy su marido, no se trata de un amante... En un amante...

ALBERTINA.—¡Gustavo! No sigas por ese camino. A mujeres como nosotras no se las habla de amantes.

DOCTOR.—¡Claro! Solamente de maridos. (*Siempre con intención.*)

ALBERTINA.—¡Oh! ¡Abandonarse en brazos de un hombre sin haberlo participado oficialmente a los amigos y sin que una sanción haya santificado el acto! No, por mi parte juro que jamás podría tener un amante.

DESTOURNELLES.—¡Vidita! (*Intenta besarla, pero Laura se interpone.*)

LAURA.—¡No, no; basta de viditas! Por esta vez con la intención basta.

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

TOMMY (*Segunda izquierda.*)—La señora Condesa Granexca, la señora de Foix.

LAURA (*Saliendo al encuentro.*) — ¡Qué amables!

CONDESA.—Hacía un siglo que no nos veíamos.

FOIX.—¡Oh! Querido doctor...

DOCTOR.—¡Señora! ¡Condesa!

LAURA.—¿Qué ha sido de ustedes durante este tiempo?

FOIX.—Se empuñó mi marido en hacer un viaje a través del Tirol y retornando por Italia volvimos a París.

DESTOURNELLES.—¡Delicioso!

CONDESA.—Yo marché de cacería a Fronville invitada por mi sobrina la marquesa de Lauzón... ¿Y usted, pobre mártir?

LAURA.—Encerrada en mi casita de campo de Turena, para reponerme un poco... Hace escasamente quince días que he vuelto.

FOIX.—Ya nos extrañaba que aún no hubiese usted señalado día para recibir.

LAURA.—Saben ustedes que no necesitan día alguno para venir a verme. Aquí me tienen ustedes siempre, encantada de recibirlos. Estando ausente mi Fabricio...

CONDESA.—Y ¿todavía sin noticias del Comodoro?

LAURA.—Siempre igual. Nada se sabe.

CONDESA.—¡Pobre amiga! ¡Cómo la compadezco!

ALBERTINA.—¡Es una separación cruel!

DOCTOR.—¡Oh! ¡Muy cruel! (*Despidiéndose.*)

LAURA.—¿Se marcha usted?

DOCTOR.—No hay más remedio; me esperan mis enfermos.

LAURA.—¿Hasta mañana, entonces?

LAURA.—(*Entra Lavigné. Es un viejo retocado, pero elegante y con fatuidad de hombre irresistible. Al verle, el doctor se queda.*)

LAVIGNÉ.—Querida amiga, yo... (*Agitadísimo. Al ver la reunión se queda un poco cortado.*)

ALBERTINA.—¿Que no sé? Oyes esto, Gustavo Foix, el señor Lavigné.

LAVIGNÉ.—¡Señoras! ¿Soy por ventura yo quien hace huir al doctor?

LAURA.—No; no por cierto, se marcha porque sus enfermos le esperan.

LAVIGNÉ.—¡Siendo así! ¡Pobre víctima del deber! Siempre suyo. (*Casi despidiéndole. Dándole la mano.*) Traigo una noticia... (*Haciéndose el importante. El doctor, que se retiraba, se queda.*)

DOCTOR.—Una noticia importante... que espere los enfermos. (*Se sienta.*)

LAVIGNÉ.—O que se mueran, ¿eh?

LAURA.—¿Qué pasa?

TODOS.—¿Qué hay?

LAVIGNÉ.—Vengo del Ministerio de Marina.

DOCTOR.—Como todos los días.

LAVIGNÉ.—Como todos los días, pero...

LAURA.—¿Qué?

LAVIGNÉ.—¡Señores!...

LAURA.—Hable usted.

LAVIGNÉ.—Parece que atravesando el estrecho de Markham del Archipiélago Francisco José, un buque noruego, el "Kuyted" ha recogido entre el grado 60,15 minutos de longitud y el 76 grados 37 de latitud una paloma mensajera medio muerta de cansancio... y helada de frío.

CONDESA.—¡Pobre animalito!

LAURA.—¿Y esa paloma?

LAVIGNÉ.—La mensajera, llevaba pendiente de una de sus alas... ¡un despacho!

LAURA (*Alegrísima.*)—¿Del Comodoro?

LAVIGNÉ.—Todo hace creerlo así, pero desgraciadamente, las lluvias, los temporales, han hecho ilegible el despacho, que sólo conservaba una palabra.

LAURA.—¿Y es...?

LAVIGNÉ.—Mejor dicho, la terminación de una palabra.

LAURA.—¡Por Dios! ¿Qué dice?

LAVIGNÉ.—Dice... *olo.*

DOCTOR (*Despreciativo.*)—¿Eso es todo?

LAVIGNÉ.—¿Le parece a usted poco? Olo que significa... ¡"La Estrella del Polo"!

LAURA.—¡Oh, sí!

DESTOURNELLES.—¿No hay duda!

ALBERTINA.—¡Oh! querida...

CONDESA.—Su marido...

LAURA.—¡"La Estrella del Polo", sí, sí! Mi querido amigo, ¿cómo pagarle?...!

LAVIGNÉ.—No vale la pena. (*Satisfecho.*)

DOCTOR (*Con las de Caín, pues no puede ver a Lavigné.*)—O...l...o, olo. Bah, tantas cosas puede decir, por ejemplo: ¡Bolo! (*Con rabia a Lavigné.*)

LAVIGNÉ.—En el Ministerio no dudan que se trata de nuestra Estrella.

DOCTOR.—¿De la estrella del Comodoro!

LAURA.—Vamos, amigos míos, no discutan más, se lo ruego. Estoy tan contenta de pensar que pueda estar en salvo, y quizá ya cerca ¿verdad?

LAVIGNÉ.—Despacio, despacio; todo esto no lo confirma; porque...

LAURA.—¿Qué dice usted?

LAVIGNÉ.—Sí, por el momento al menos.

LAURA.—¿Pero qué se opone a ello?

LAVIGNÉ.—Sí; los bancos de hielo, los tre-



mendos *icebergs* del mar del Norte... hay que esperar el deshielo, es preciso tener paciencia!

LAURA.—¿Más todavía? ¿Pero cuándo se deshielan esos malditos bancos?

LAVIGNÉ.—Según... los hay que tardan dos años.

DOCTOR.—¿Tres, cuatro!

LAVIGNÉ.—Eso es; cuatro ya ha ocurrido muchas veces.

LAURA.—Pero es espantoso.

ALBERTINA.—¡Terminarán por perecer de hambre!

LAVIGNÉ.—No, no; tienen víveres, conservas en cantidad suficiente...

LAURA.—De un modo o de otro podrán esperar tranquilamente, ¿pero y yo?

DOCTOR.—Tanto como tranquilamente, es mucho decir, porque si tienen provisiones esos pobres marineros, hay que pensar que no tienen *marineras*, ja, ja.

LAURA.—¡Escandaloso!

CONDESA.— ¡Ay, pobrecitos, pobrecitos! (*Muy ingenua.*)

FOIX.— ¡Que situación más horrible! ¿Verdad, señora?

CONDESA.— ¡No creo que tengan humor de pensar en eso!

LAURA.—Lo mismo creo.

LAVIGNÉ.—¿A cuarenta y cinco grados bajo cero?, no es probable que el Comodoro se sustraiga a la temperatura con sus cincuenta años y pico.

DOCTOR.—Eso va en temperamentos, porque en nuestro bravo marino no influyen las temperaturas... Me consta que siempre fué un conquistador afortunado.

LAVIGNÉ.—¡Tal es su fama!

ALBERTINA.—Señores, que está Laura presente...

LAURA.—¿Y qué? No me molesta que lo digan, sé que mi marido ha sido favorecido por las bellas más o menos difíciles, y como marino, ha dejado bien su pabellón; pero esto, lejos de aminorar mi cariño, contribuye a aumentarlo; sus aventuras le engrandecen a mis ojos... Conque sigan ustedes murmurando, que yo no seré viuda jamás.

DOCTOR.—¿Conque murmurar? Yo sé historias de las que me hizo confidente y en las que hasta ocultaba su estado civil.

LAURA.—¡Oh! ¡Qué valor!

DOCTOR.—¡Vaya! Historias muy sabrosas, hasta con las esposas de íntimos amigos.

LAURA.—Bueno, pero todo eso terminó conmigo... En sus match amorosos yo me llevé el premio, y estoy orgullosa de mi triunfo...

DOCTOR.—¡Bien, señora, no insisto!

TOMMY (*Por la segunda.*)—¡Señora!

LAURA.—¿Qué hay?

TOMMY.—El cartero que trae un certificado para el señor y a todo trance quiere hablar con la señora. Está muy preocupado.

LAURA.—Que pase. ¿Ustedes me permitirán, verdad?

ALBERTINA.—¡Vaya!

FOIX.—No faltaba más.

CARTERO (*Entra por la segunda.*)— ¡Con permiso! Perdona la señora.

LAURA.—Bien, sí. ¿Conque trae usted un certificado para mi esposo?

CARTERO.—Sí, señora. Vine ayer tarde, pero la señora estaba ausente, así es que he vuelto hoy para que se sirva darme la dirección del señor, para mandar el certificado.

LAURA.—¿Su dirección, verdad?

DOCTOR.—Pues en el Polo Norte...

LAVIGNÉ.—No es probable que le encuentre.

LAURA.—Mi esposo está ausente.

CARTERO.—Entonces... tendremos que reexpedir la carta al remitente; vea usted, hasta sello de urgencia trae...

LAVIGNÉ.—¿De dónde viene?

CARTERO.—Viene de Trinsanges-Nicore.

LAURA.—No adivino.

ALBERTINA.—¿Pero usted no puede dejar ese certificado a la señora?

CARTERO.—No; es preciso la firma del interesado.

LAURA.—¿Y no puedo firmar yo?

CARTERO.—Perdón, pero la señora no es el señor.

DOCTOR.—¡Claro! pero es su esposa y es lo mismo; no tenga usted cuidado.

LAURA.—Haré una firma ilegible y así salvaré usted su responsabilidad.

CARTERO.—Yo... la verdad... mi destino...

LAURA.—Tranquícese; yo le respondo de todo, y el Ministro de Marina garantizará.

CARTERO.—No me atrevo.

DOCTOR.—Vaya, le aseguro que el Ministro de Comunicaciones se hará cargo y nada ocurrirá.

CARTERO.—Siendo así...

DOCTOR.—Sí, sí.

CARTERO.—Firme aquí el recibo la señora, por orden de su esposo. (*Saca cuaderno y pluma estilográfica.*)

LAVIGNÉ.—Eso es.

LAURA.—¿Está bien? (*El doctor se apresura a gratificarle.*)

DOCTOR.—Tome usted, por su molestia.

CARTERO.—¡Gracias! ¡Señora, señores!... (*Hace mutis por donde vino.*)

LAURA.—¿De dónde vendrá, tú? ¡Bah!

ALBERTINA.—¿No la lees?

LAURA (*Deja la carta en la mesa.*)—¿Una carta dirigida a mi marido? No, no debo abrirla.

CONDESA.—Sin embargo, yo...

ALBERTINA.— ¡Ay, Laura! Comprendería esa delicadeza exagerada, si tu marido volviese esta noche a tu casa... pero ahora ¿cuándo la va a leer?...

LAURA.—¿Cuándo?

ALBERTINA.—Y ya ves "urgente". Yo la abrirla.

CONDESA.—¡Oh! ¡Y yo!

FOIX.—¡Y yo!

DOCTOR.—Opino como estas señoras.

LAURA.—Crean ustedes que...

TODOS.—Sí, sí.

LAURA.—No me atrevo.

CONDESA.—Amiga mía, puede ser algo grave, que interese quizás a los dos.

LAURA.—Pues... sea. Con permiso, (*Lec.*) ¡Oh, no!... Esto es inaudito. (*Llorosa.*)

DOCTOR.—¿Qué es?

ALBERTINA.—¿Qué pasa?

LAURA.—¡Quién me lo hubiera dicho!... ¡Soy muy desgraciada!



ALBERTINA.—Habla, Laura.

DOCTOR.—Hable usted.

LAURA.—Sepan ustedes... pero, no escuchan. "Al caballero D. Fabricio Mon-Blanch, Comodoro de la Armada. Señor, me dirijo a usted forzado por mi precaria situación, rogándole me perdone. Señor, hace más de catorce meses que no recibo la pensión del niño. Desde que está a nuestro cargo es la primera vez que esto ocurre. Los trimestres fueron siempre religiosamente abonados por el Banco de Nivers, y como no tenía otro medio de saber de usted, allí me dirigí, siendo grande mi sorpresa al encontrarme que habían sido suspendidos los giros y que nada sabían del paradero de usted. Sintiendo mucho, le notifico que no me es posible continuar con el niño, ni atender a su manutención. Por lo tanto me tomo la libertad de enviárselo acompañado del preceptor que aquí tenía, Rómulo Scipión de Estranges, que va a París para asuntos particulares. Este señor se lo entregará a usted uno de estos días. Perdonará el paso que doy, pero la pobreza a ello me obliga. De usted atento etc." ¡Eh! ¿Qué tal? ¿Qué dicen ustedes? (*Casi llorando.*)

ALBERTINA (*Encantada a su marido.*)— ¡Un niño! ¡Oyes!

DOCTOR.— ¡Un niño! ¡El Comodoro!

LAURA.— ¡Vaya una historia!

DOCTOR.—Eso no es Comodoro, es un guardia marina.

LAURA.— ¡Por Dios, doctor! Todo lo pude soportar siempre, pero esto... esto... Una criatura, y antes de casarnos. ¡Es inaudito!

ALBERTINA.—Tranquilízate.

LAURA.—Sí, antes de casarnos, por lo que deduzco de esta carta. ¿Y quién será la madre?

DOCTOR.— ¡Alguna pescadora sensible!

LAURA.— ¡Doctor, basta de bromas!

CONDESA.—A menos que no se trate de una gran dama...

LAURA.—La madre no me importa... ¡Bah! no tengo celos. El pasado de Fabricio no me pertenece, pero lo que me duele es el disimulo, el engaño, su falta de franqueza para conmigo.

FOIX.—Es cierto, yo no encuentro delicado su proceder.

DOCTOR.— ¿Qué decía yo antes?

LAURA.—Sí, pero desde el momento que existía un ser inocente debí confesármelo.

ALBERTINA.—Tendrá sus razones... Los hombres son así... ¡Ay! si tú fueras capaz...

DESTOURNELLES.—No, cielo mío, no. (*Va a besarla.*)

LAURA.— ¡Por Dios! ¡Besos ahora no!

CONDESA.—Ese secreto no le pertenecía a él solo.

LAURA.— ¡Secretos para su esposa!

ALBERTINA.—Y si creyó que al enterarte fuese obstáculo para casaros...?

LAURA.— ¿Tú crees eso? ¿Que tuvo miedo? ¿Por qué?

CONDESA.—El la quería a usted y temió perderla.

LAURA.—Sí, quizá. Eso es: la cosa bien mirada... no es tan extraordinario como parece... cuando se ha sido afortunado... el te-

ner un niño no tiene nada de particular...

DOCTOR.— ¡Ea, ya le disculpa! Ya está consolada y esperando con los brazos abiertos a los que vengan... ¿Y qué hace usted con éste?

LAURA.—Se lo devolveré a su nodriza.

CONDESA.—Es lo más acertado.

ALBERTINA.—Sí, yo iré a verle todos los días.

DESTOURNELLES.—Y yo te acompañaré.

CONDESA.— ¡Ah! Y yo.

LA VIGNÉ.— ¡Y nosotros!

LAURA.—Eso es, eso es. No... sin embargo... ¡Ay! bebé mío, digo mío porque es suyo, y...

TODOS.— ¿Qué?

LAURA.— ¿Qué? ¿Para qué enviarlo a nadie? No es más sencillo que se quede aquí, en casa de su padre, que es la suya?

FOIX.—Es un ángel esta Laura.

DOCTOR.— ¿Usted quiere que...?

LAURA.—Estoy sola sin mi marido, aburrida; este ángel será mi regocijo, mi salvaguardia.

DOCTOR.— ¡Pero qué ataque maternal es éste, señora?

LAURA.—Nada más lógico. No hemos tenido hijos... juntos, quizá nos hayamos amado egoístamente.

CONDESA.—No, eso no.

LAURA.— ¡Sí, sí! Esa criatura que el Cielo me envía, a mi lado se queda, será su madre.

FOIX.— ¡Oh! ¿Qué acción más hermosa! ¡Angelito!

ALBERTINA.—Y le vestiremos y perfumaremos!

LA VIGNÉ.— ¿Y nosotros, querido amigo?

DOCTOR.—Pues... le daremos el biberón.

LAURA.—Quisiera tenerle ya aquí, jugando sobre mis rodillas. ¡Ahá, ahá! (*Meciendo.*)

DOCTOR.— ¡Vamos! Hay niños que nacen con suerte.

ALBERTINA.—Bueno, y... ¿dónde le pones?

LAURA.—A mi lado, junto a mi dormitorio, en mi *boudoir*, ¡no faltaba más!

CONDESA.—Pero si está para llegar de un momento a otro, urge no perder tiempo.

ALBERTINA.—Te hace falta una camita pequeña que no tienes.

LAURA.— ¡Es verdad! Cama, ropita blanca y mil cosas más, y no tengo nada. ¡Dios mío! No voy a llegar a tiempo. Nada, tengo que salir al instante. (*Toca el timbre.*) Ustedes me dispensarán.

CONDESA.—Claro está, no faltaba más.

LAURA.—Pues, hasta pronto... Adiós Albertina.

CONDESA.— ¡Sea enhorabuena!

DESTOUR.— ¡A los pies de usted señora!

LAURA.—Gracias, gracias. Adiós amigos míos, adiós. (*Despedida general. Mucho movimiento. Lavigné se oculta en el foro y baja cuando Laura se ha sentado a la mesa.*)

LAURA.— ¡Pero se queda usted, Lavigné?

LA VIGNÉ.—Sí, tengo que decirle...

LAURA.— ¿Todavía?

LA VIGNÉ.—Siempre.

LAURA.—Sea, pero aprisa, aprisa.

LA VIGNÉ.—Laura hechicera, Laura, la adoro a usted, la adoro.



LAURA (Asombrada.)—¿Eh? (Pensando en su niño y apuntando en un carnet.) Camita pequeña... sí... con todo lo necesario.

LAVIGNÉ.—Usted no podrá dudar de la sinceridad...

LAURA (De pronto, cayendo en la cuenta.)—¿Edredón!

LAVIGNÉ.—¿Qué?

LAURA (Dándose cuenta.)—Ja... ja... no... (Si... edredón... sábanas...) Siga usted...

LAVIGNÉ.—Es usted cruel! ¿Por qué no me concede siquiera una esperanza? (Sale la doncella.)

LAURA (Impaciente.)—Vamos, hija, vamos; hace una hora que he llamado.

CARLOTA.—¿Perdone la señora!

LAURA.—A escape Carlota, un sombrero, guantes; que preparen el auto a escape...

CARLOTA.—Al momento, señora.

LAVIGNÉ.—Lau...

LAURA.—¿Decía usted?

LAVIGNÉ.—Decía, decía... Qué se yo lo que decía. En fin, las situaciones claras... Es preciso que, que la puerta de mi esperanza... en fin, que la puerta esté abierta o cerrada!

LAURA.—¿Pues ciérrela usted! (Sigue haciendo apuntaciones y contestando nerviosa.)

LAVIGNÉ (Cierra la segunda y se da cuenta de la plancha.)—Sí... ¡Oh! Laura sea usted buena; compadézcase de mí; consienta en que nos veamos a solas un momento. Mañana ¿quiere usted? (Dulce) ¿Mañana?

LAURA (Sin darse cuenta.)—¿Qué? Sí, no, mañana no, voy al Bosque con Bebé!

LAVIGNÉ.—(¡Nos ha venido Dios a ver con Bebé!)

LAURA (En este instante se da cuenta de la situación y dice seriamente.)—¿Qué significa ese lenguaje? ¿Está usted loco?

LAVIGNÉ.—Loco, sí, loco por usted... y no sé lo que digo, ni lo que hago... ¿No da usted oídos siquiera a mi pobre amor?

LAURA (Repuesta.)—¿Su amor? ¿Su amor! ¿Quiere usted dar fin a esta broma? Le he prohibido infinitas veces que me hable de su amor. ¡Vamos!

LAVIGNÉ.—Pero...

LAURA.—Ante todo y lo primero: ¡yo no lo amo a usted! Por otra parte, aún no soy viuda, de manera que huelga el casamiento.

LAVIGNÉ.—Bien, sí. Si quiere la dama decirlo, bien; pero no era eso sólo lo que yo quería... decir.

LAURA.—¿No era eso? Lo sé perfectamente. Usted prefiere una solución más... práctica ¿eh? y por eso ha venido con la novela de los bancos de hielo, y los icebergs para ver qué pasaba mientras llegaba el deshielo. Pues se equivocó de medio a medio.

LAVIGNÉ.—Yo... no...

LAURA.—Yo, no seré jamás su amante de usted ni de nadie, ¿lo entiende usted? ¡Ja... más! Entre otras razones porque sería preciso que yo fuera imbécil, para engañar a mi marido.

LAVIGNÉ.—¿Eh?

LAURA.—¡Sí, señor! Porque si no es perdónable engañar al propio con la esperanza de mejorar, cuando se tiene la certeza de perder en el cambio, se necesita ser imbécil

o loco, y yo no soy ni lo uno ni lo otro. ¿Está esto claro? Creo que sí.

LAVIGNÉ.—¡Sí! (¡Me he lucido!)

(Sale Carlota con abrigo, guantes, etc. Laura se arregla deprisa y nerviosa le dice a la doncella.)

LAURA.—Gracias. ¡Ah! Si llega el niño estando yo ausente, usted lo recibirá.

CARLOTA.—¿Pero qué niño?

LAURA.—¿Cómo qué niño?... Pues... verdad que usted no sabe... Ahora hay que explicarle a ésta y a todos... y tengo que salir... ¡Ah! Lavigné, amigo mío: ¿Quiere usted hacerme una favor? (Cambiano su actitud; muy dulce.)

LAVIGNÉ.—¿Después de la amabilidad con que he sido tratado?

LAURA.—¡Bah! Quién hace caso de los nervios de una mujer tan excitada... Aquello pasó.

LAVIGNÉ.—¿Pasó? Me devuelve usted la vida.

LAURA.—Siempre le he distinguido a usted...

LAVIGNÉ.—¿Entonces puedo esperar?

LAURA.—¿Qué?

LAVIGNÉ.—¡Ahora no! Mañana... cuando sea. ¿Puedo esperar que usted me dé...? (Laura le entrega el sombrero.) ¡Gracias! ¿Qué debo hacer?

LAURA.—Tome un "auto", y, a escape, a comprar una camita dorada.

LAVIGNÉ.—¿Eh?

LAURA.—Pero de niño. Dorada, ¿eh?, y colgada, ¿eh? Lo mejor; no repare en precio. Celeste; no, rosa; no, blanca.

LAVIGNÉ.—¿Y dónde voy? (Medio mutis.)

LAURA.—Completa, ¿eh?

LAVIGNÉ.—Sí. (Medio mutis.)

LAURA.—Que la envíen en seguida

LAVIGNÉ.—Sí... Laura, yo... (Medio mutis.)

LAURA.—¡Adiós... adiós! ¡Lavigné, escuche! (El vuelve.) Entre usted en una tienda de ropa de niños, la mejor, y elíjame un vestido.

LAVIGNÉ.—Pero si yo no entiendo de eso...

LAURA.—Pero ¿qué ha comprado usted en la vida? Pida lo mejor y lo más nuevo.

LAVIGNÉ.—Bien (Medio mutis.)

LAURA.—¡Ah! Camisitas, calzoncillos...

LAVIGNÉ.—¡Muy bonito!

LAURA.—La criatura estará entre los cuatro o cinco años; ¿se llevan calzoncillos a esa edad?

LAVIGNÉ.—¡Señora, yo no me acuerdo!

LAURA.—Encárgue también un trajeito de marinero, con pantaloncitos, ¿eh?, y otro de falditas; aquí elegiremos el que le esté mejor...; y otro escocés...

LAVIGNÉ.—¿Algo más?

LAURA.—Vuele usted. (Empujándole.)

LAVIGNÉ.—Volo, volo, vuelo, vuelvo, ¡ouf!

(Mutis, aturdido.)

LAURA (A Carlota.)—No salgo, no. Vamos al tocador. Hay que colocar todo lo que sobre en el cuarto de baño. ¡Vamos, Carlota!

CARLOTA.—Vamos, señorita. (Mutis segunda derecha.)

Queda unos momentos la escena sola y des-



pués entra Tommy precediendo a don Rómulo Scipión, tipo correcto, pulcro, severo y sencillo, ronda los sesenta y se parece por Horacio y Cicerón. Es preceptor y amigo de Héctor. Héctor Fernando debe ser interpretado por el primer actor, tipo sano, varonil; su ademán es corto, encogido. Viste sencillamente, un traje pueblerino sin ser ridículo. Es descuidado en el peinarse. Aunque no es el señorito de capital, sabe que es guapo, dando una impresión agradable de candor, sin ser tonto. Traen maletas, guardapolvos, etc., etc.

TOMMY.—Por aquí, caballero.

RÓMULO.—Con su venia. (Gran reverencia.)

TOMMY.—Si es con el señor con quien desea entenderse, les repito que está ausente, muy lejos de aquí... por cierto.

RÓMULO.—Esto... despláceme, contrárame en extremo.

TOMMY.—Avisaré a la señora.

RÓMULO.—El caso es que... (Héctor ha quedado en el umbral.)

TOMMY.—¿Paso tarjeta?

RÓMULO.—No las llevo conmigo...; bien es verdad que no las posco.

TOMMY.—¿El nombre del señor?

RÓMULO.—Eso sí. Llámome don Rómulo Scipión de Troussanges, profesor de Humanidades, preceptor al presente, y habito en Nievre... ¡Ah! Suplico le diga, que...

TOMMY.—Perdón. Voy a enterarme si ha salido la señora.

RÓMULO.—Pero si breves instantes ha dicho me usted que estaba en su morada...

TOMMY.—Eso no importa. Voy a pasar recando. (Mutis por la segunda derecha.)

RÓMULO.—Hijo mío, "Finis coronat opus". Ya hemos pasado el Rubicón.

HÉCTOR.—¿Sí, don Rómulo, sí!

RÓMULO.—Estás contento, ¿eh?

HÉCTOR.—En cuanto a eso, no lo sé todavía.

RÓMULO.—¿Cáspita! Estás en casa de tu padre, ¡Lares pater!

HÉCTOR.—Sí, pero como no está. ¡Ah! Mire usted, mire usted el retrato de mi padre. (Con emoción y respeto.) Bien le conozco, a pesar del uniforme.

RÓMULO.—¿Es apuesto el argonauta!

HÉCTOR.—¿Qué lujo! ¿eh?

RÓMULO.—No hay más que hollar con la planta las tapizadas escalinatas para comprender, *ipso facto*, que hemos entrado en el gran mundo.

HÉCTOR.—Ya se ve...

RÓMULO.—Y ahora, no me dejes corrido y avergonzado; haz honor a los pobres conocimientos que con amor te inculqué.

HÉCTOR.—Oh! ¡Sí, señor! (Pausa.)

RÓMULO.—¿Tardan! Y tengo que evacuar prolijos encargos y tomar el tren de la tarde.

HÉCTOR.—¿Sin mí?

RÓMULO.—Qué remedio. Tu vida transfórmasse. "Quantus mutatus ab illo".

HÉCTOR.—Alguien llega.

RÓMULO.—Silencio.

LAURA (Entra contentísima. Héctor, un tanto cortado, está oculto detrás de don Rómulo).—¡Caballero!

RÓMULO.—Rómulo Scipión de Tron...

LAURA.—¿Dónde está? ¿Dónde está?

RÓMULO.—Yo, aquí; a sus...

LAURA.—Bien, señor... El niño, ¿y el niño?

RÓMULO (Enternecido).—¡Helo aquí!

LAURA (Estupefacta).—¿Eh?

RÓMULO.—¡Filius pulcherrimus!

LAURA (Seria).—¿Qué broma es esta?

RÓMULO.—Lejos de mi ánimo bromear con dama tan gentil; preguntáisme, y contesté. ¡He aquí el vástago!

LAURA.—¿Este? Este es el... el hijo del... señor de Mont Blanch.

RÓMULO.—¡Sí, señora! Criado en casa de papá y mamá Pinchón.

LAURA.—¿Pero es cierto? (Atónita.)

HÉCTOR (Timidamente).—Sí, sí, señora, cierto... Puedo demostrarlo; tengo cartas de mi padre...

RÓMULO.—Tiene razón el niño...

LAURA.—¿El niño? ¡Vaya un niño! ¡Lo menos veinticinco años!

HÉCTOR.—Veintitrés, señora, pero no tengo la culpa; veintitrés, para servirla.

LAURA.—Veintitrés!... Y yo que creía... (Quédasele mirando.)

RÓMULO.—(Le has hecho gracia; es tu natural. Esta es la ocasión.) Yo, señora, con su venia, retírome, dejando...

LAURA.—¿Qué?

RÓMULO.—Al niño, Héctor Fernando, o Nandín. (Saca un estuche.) He aquí su cubierto de plata, completo, ¿eh? Visito, servilletero, euchara, etc.; toda su fortuna... y yo retírome.

LAURA.—¿Pero es que ha llegado usted a figurarse que voy a hacerme cargo de este gran... niño?

HÉCTOR.—De ninguna manera, señora; usted, no; mi padre es quien...

LAURA.—Papá está muy lejos!

RÓMULO.—¿Pero se puede saber dónde se encuentra?

LAURA.—Está... debe de estar en el Polo; pronto, hará tres años que partió.

HÉCTOR.—Los mismos que carecemos de noticias.

RÓMULO.—¿Por eso no se abonaban los trimestres!

HÉCTOR.—Pero, ¿y cuándo vuelve?

LAURA.—Cuando quiera Dios... y los bancos...; yo..., esta es su casa; soy su mujer...

HÉCTOR.—¿Ya! ¡Ya! ¡Sí que me extraña... ¿Usted es... vamos, la... esposa de papá?

RÓMULO.—¿Por qué ese asombro, niño?

HÉCTOR.—Porque la esposa de... papá creíala yo en consonancia con sus años; imaginábame yo una señora de cierta edad, cabellos grises...

RÓMULO.—¿Niño, qué confianzas son esas?

LAURA.—Déjele... don... don...

RÓMULO.—Rómulo Scipión.

LAURA.—Conque cabellos grises, ¿eh? ¿Y yo?...

HÉCTOR.—No tiene nada de eso; antes al contrario... Usted, señora... es un encanto... una belleza completa.

RÓMULO.—¡Hectoreito!

LAURA.—Calle usted, que no hay por qué reñir al chico.



HÉCTOR.—¡Ja, ja, ja! ¡Al chico? Usted también. Muestra evidente que no me encuentra tan grande... conquistador. ¡Ja, ja!

LAURA.—(¡Es agradable!) (Le mira con cariño.) En fin... el caso es que no puedo instalar en casa a un niño tan desarrollado.

HÉCTOR.—Ja, ja. (Timidamente ríe, pero la mira con fijeza.)

LAURA.—Yo no puedo...

RÓMULO.—Entonces, en esta disyuntiva, ¿qué hago con él?

LAURA.—¡Muy sencillo! ¡Llévrselo otra vez a Tronssac!

HÉCTOR.—Papá Pinchón se negará, no querrán recibirme estando al descubierto varias mensualidades. (A don Rómulo.) ¿No es así?

RÓMULO.—Ciertamente, esa era la causa; pero lo más grave es... que existe cierta aventura amorosa que...

HÉCTOR.—Don Rómulo, eso no está bien... ¡Usted, tan discreto!

LAURA.—¡Hola! Faldas y todo... ¡vaya!

RÓMULO.—¡Yo no puedo ser cómplice!

LAURA.—Basta; no quiero que se sonroje el niño... (Riendo.)

HÉCTOR.—Bien; pero...

LAURA.—Yo respondo de la pensión; y en cuanto a usted, mi buen amigo, ruégole que siga al lado de su aventajado discípulo.

RÓMULO.—Pero...

LAURA.—¡Aceptando 150 francos al mes por sus molestias, y cuide no se nos descarríe este cordero!

RÓMULO.—¡Magnánima señora! ¡Ciento cincuenta francos! Mi gratitud... ¡Eureka!

LAURA.—No hablemos más. De vez en cuando vengan a verme; no quiero que su padre...

RÓMULO.—Señora... usted... yo... es usted una... una...

HÉCTOR (De pronto).—¡Una mujer de una vez!

RÓMULO.—¿Eh?

LAURA.—Ja, ja.

RÓMULO.—¡Niño!... (Todo cortés y confundido.) Entonces yo, con su venia, déjole al niño, pues aprémiame ultimar ciertos encargos. Volveré por él a las seis, antiguas, ¿eh?

LAURA.—Bien; si no se aburre aquí...

HÉCTOR.—No, no me aburriré.

LAURA.—¿No prefiere conocer París?

HÉCTOR.—Me es indiferente!

LAURA.—Entonces... prisionero hasta las seis.

RÓMULO.—Adiós, hijo mío. ¿No sentías tanto la separación? Pues ya ves... ¡Señora, rendido siempre a sus pies! (Pausa. A Héctor.) ¡Niño! A ver cómo te portas.

HÉCTOR.—Se hará lo que se pueda. (Mutis don Rómulo, Pausa grande; él la mira a hurtadillas con mucho interés. Ella se sienta incitándole, haciéndolo con mucha timidez al otro lado de la mesita.)

LAURA.—¡Vaya, vaya! (Que no sabe qué decir.) Conque tan contento de volver al pueblo, ¿eh?

HÉCTOR.—El lo ha dicho, pero yo no...

LAURA.—Luego ¿no es cierto?

HÉCTOR.—¡Qué ha de ser!... Mi deseo sería quedarme aquí, señora... ¡Pero vivir en un cielo como éste, es demasiada felicidad para mí!... ¡No me merezco tanta dicha!

LAURA.—(No está mal.) Llegarán ustedes allí a las once, poco más o menos.

HÉCTOR.—Próximamente.

LAURA.—Pero ¿qué cabeza! Ahora caigo en la cuenta, que tendrá usted apetito. (Toca el timbre.)

HÉCTOR.—¡No! ¡Por Dios! Si almorzamos en el tren...

LAURA.—Pero han pasado ya muchas horas. Mientras regresa don Rómulo tomará cualquier cosilla. (Suena el timbre.)

HÉCTOR.—No; yo la ruego...

LAURA.—No faltaría más. Tommy, traiga sandwiches, pastas, frutas y... Oporto o Jerez. (Mutis Tommy.) No quiero que diga que le tratamos mal.

HÉCTOR.—¡Pero si no tengo gana alguna!

LAURA.—Desde esta mañana... y acostumbrado al campo, allí que se come tanto.

HÉCTOR.—Ciertamente, no se hace mal.

LAURA.—Yo deliro por el campo; esa paz, ese sosiego.

HÉCTOR.—A veces demasiado. (Sale Tommy con lo pedido.)

LAURA.—Colóquelo aquí. (Sirviéndole y sin cesar de mirarle.) ¿Qué prefiere usted?

HÉCTOR.—Lo que usted guste. (Cortado.)

LAURA.—¿Un sandwich? (Le da un sandwich. Pausa.) ¿Qué tal?

HÉCTOR.—Delicioso. (Come, se atraganta y la mira.)

LAURA.—¿Oporto? ¿Jerez? (Escanciando.)

HÉCTOR.—¡Jerez! Pero si usted me acompañase, sería un honor.

LAURA.—¿Quiere usted que le acompañe? Con mucho gusto.

HÉCTOR.—¡A su salud! (Más animado.)

LAURA.—¡A la suya! (Chocan los vasos. Se miran, se ríen, hablan los ojos.)

HÉCTOR (Animado).—¡Qué delicioso vino, es fuego... oro fundido...; qué calor tan suave!

LAURA.—Otro sandwich... más Jerez. (Sirviéndole.) ¿Y qué? ¿Cómo se pasa el tiempo en el pueblo? ¿Qué tal de estudios? ¿Hacemos honor a don Rómulo?

HÉCTOR.—¡Oh! señora, aunque lugareñote como soy, he estudiado con gusto las letras, idiomas, ya que no pudiera distinguirme en nada, no debía estar en ridículo ante la gente.

LAURA.—¡Bravo! ¿Conque idiomas?...

HÉCTOR.—Algo de dibujo y su poquito de sport; al cabo debía conducirme como el hijo de un oficial distinguido, y hacerle honor.

LAURA.—Y él iba con frecuencia por allí?

HÉCTOR.—Diré a usted... De niño... no sé. Pero ya mayorcito le habré visto seis o siete veces...; más no.

LAURA.—(¡Pobre muchacho, es interesante!) (Con pena.) Beba usted; ¡ánimo!

HÉCTOR.—Gracias. (El es todo corazón.)

LAURA.—Sentiría gran alegría al verle; sería tan bueno para usted...

HÉCTOR.—Sí... ya ve usted, con tan poco



LAURA.—¿Regalos si le haría? ¿Obsequios?  
HÉCTOR.—Ya lo creo, y de los que más me cautivaban: floretes, espadas, revistas de sport, periódicos extranjeros... y barcos, muchos barcos que luego quemaba como el gran conquistador. ¡Ja, ja!

LAURA.—¿Sí?  
HÉCTOR.—Pero corrió el tiempo, hasta que hace cuatro años próximamente, le vi por última vez.

LAURA.—¿Cuatro años?  
HÉCTOR.—Habíamos de que era preciso que yo estudiara una carrera; me dijo que se ocuparía de ello, partió y... todo ha terminado como sabe usted. *(Con mucha pena.)*

LAURA.—¿Y no echaba usted de menos el calor de una familia? *(Con pasión.)*

HÉCTOR.—¡Oh, sí! Y eso que los buenos viejos me trataban como a un hijo, pero... *(Transición.)*

LAURA.—¿Y también su hija, eh? *(Con intención.)*

HÉCTOR.—¿Qué hija? Si jamás la han tenido. Ja, ja, ja... Era una sobrina llamada Catalina.

LAURA. *(Bromista.)*—Ahora me explico el deseo de volver allá.

HÉCTOR.—Ni pensarlo siquiera. ¿Partir? Jamás. ¡Mi sólo anhelo es quedarme aquí, aquí! *(Resuelto.)*

LAURA.—Eso es imposible... ¿Qué le pasa a usted?

HÉCTOR.—No lo sé. No puedo explicarme ni explicarlo... Jamás pude creer que existiese, como no fuese en sueños, un paraíso como este, un ángel como usted, dulce, buena, hermosa... y con una voz suavemente acariciadora. Volver allí a aquel destierro, no; ¡ver a Catalina, con sus manazas cuajadas de sabañones y su nariz de remolacha, jamás! *(Mirando suplicante como un niño.)* No volveré, ¿verdad? Aquí, aquí siempre... ¡No me abandone, señora! *(Muy conmovido.)*

LAURA.—¡Alto, alto! Me pide usted un imposible. Ya lo he dicho. ¿Cómo voy a tener en mi casa, a mi lado, a un joven de su edad? *(Confundida.)*

HÉCTOR.—Muy fácilmente; soy el hijo de su esposo, vengo a serlo casi de usted.

LAURA.—Pues... vaya un nene para llamarme mamá.

HÉCTOR.—¡No! ¡Mamáta!...

LAURA.—¿Qué? *(Asombrada.)*

HÉCTOR.—¡De mi alma! *(Con pasión.)*

LAURA.—¡Ja, ja, ja!... *(Disimulando.)*

HÉCTOR. *(Con cariño.)*—Si usted quisiera, yo sería su hermano cariñoso... y nos entenderíamos tan bien...

LAURA.—¡Ay, qué niño! *(Sofocada.)*

HÉCTOR.—¡Pobre de mí!... Cómo ha de ser, ¡Si no soy más que un aldeanote zafio y mal educado!

LAURA.—No tanto, no tanto...

HÉCTOR.—Pero a querer... Usted podría terminar mi educación.

LAURA.—Eso está bien. ¿Y quiere usted que yo sea...?

HÉCTOR.—¡Estando el terreno abonado, verá qué fácilmente recoge el fruto!

LAURA.—¡Es imposible, imposible!

HÉCTOR. *(Descorazonado.)*—¡Oh!

LAURA.—Pero si no quiere volver al pueblo, si prefiere quedarse en París, yo le proporcionaré los medios; tendrá profesores, yo cubriré con todos los gastos.

HÉCTOR.—No, lejos de usted, nada; a su lado, sí, aprenderé todo; usted me formará con su talento, me transformará.

LAURA.—¡No, hijo, gracias! No quiero discípulo tan talludito... ¿A mi lado y bajo mi techo? No; sería hasta incorrecto.

HÉCTOR.—No lo creo yo así. Está usted sola, mi padre ausente, y necesita... quien la ampare y la defienda.

LAURA.—¡Gracias, no necesito paladines a mi lado!

HÉCTOR.—Una mujer como usted se ha de ver por fuerza acosada, perseguida de mil galanteadores...

LAURA.—*(Este sabe más de lo que de ha enseñado el preceptor.)*

HÉCTOR.—Si alguien se atreviese a faltarla.

LAURA.—¿Pero es que me ha salido un genizaro?

HÉCTOR.—No, un defensor desinteresado que velará por usted, por usted, madrecita mía. *(Muy dulce.)*

LAURA.—¿Ves? No te ha salido mal del todo... *(Encantada.)*

HÉCTOR. *(Con alegría.)*—¡De tú, de tú! ¿Me ha hablado de tú!

LAURA.—¿Es posible? Ya no sé lo que digo. *(Confundida.)*

HÉCTOR.—He triunfado, triunfé; ¿me quedo aquí? ¿aquí? *(Loco de júbilo.)*

LAURA.—¡Pues bien... ea... yo... sí!

HÉCTOR.—¿Qué felicidad! *(Se precipita sobre ella y la abraza noblemente.)*

LAURA.—Despacio, despacio, hijo; abrazas con una furia... ¡Lo mismo que tu padre!... *(¡Bastante mejor!) ¡Ouf! (Sofocada.)*

Tommy y mozos con una pequeña cuna muy linda, colgada, elegante; colcha de raso azul o rosa.

CARLOTA.—Señora, traen la camita. *(Entrándola.)*

LAURA.—¿La camita? ¡Ah, sí! Mira la camita que te preparaba. *(Procuren sea cuna pequeña, de esas de madera curvada que van colgantes. Es un efecto la salida de la cuna.)*

HÉCTOR.—No estaría muy cómodo, que digamos. ¡Ja, ja!

LAURA. *(A los mozos.)*—Que la devuelvan al almacén; ha sido un error. *(Se llevan la cama.)* ¿Y dónde te colocó? ¡No es cosa de que duermas en mi boudoir!

HÉCTOR.—¡Por mí!...

LAURA.—¿Dónde te colocó?

HÉCTOR.—En un rincón cualquiera. No soy exigente.

LAURA.—Hay que buscar sitio.

CARLOTA.—Sí, sí, en el pabellón del parque.

LAURA.—¿En la sala de armas? ¿En el pabellón, que está aislado? ¡Nada mejor!

HÉCTOR.—¿Está lejos de aquí?

LAURA.—No, cerca; mira, aquel. *(Figura que se ve por el foro.)*

HÉCTOR.—Perfectamente.



Salen Albertina, Destournelles, el Doctor, Señora de Foix y la Condesa.—Héctor, al ver la avalancha, se esconde detrás de Laura. Todos vienen cargados de paquetes. La Condesa trae un gran polichinela, haciendo mover sus cuerdas para que baile. Destournelles y Albertina, una corneta y un tamborcito, y el doctor un caballo grande, que es el efecto, y en la mano un sablecito. Todos preguntan al mismo tiempo. Alzázara y cuadro.

DESTOURNELES.—¿Dónde está el nene?

CONDESA.—¿Dónde está el niño?

DOCTOR.—¿Dónde está el monigote?

LAURA.—¿El niño?... Aquí está. (Presenta a Héctor. Estupefacción. Al doctor se le cae el caballo.)

TOLOS.—¿Eh?

DOCTOR.—¡Vaya un bebé!

FOIX.—¿Ha soltado ya la nodriza?

DOCTOR.—¿Supongo que no se quedará a su lado?

LAURA.—Vaya.

ALBERTINA.—¡Y es robusto! (Arrobada.)

CONDESA.—Muy bonitos ojos.

FOIX.—Es muy simpático. ¡Vaya!

LAURA.—¿Eh? ¿Qué dices de estos señores? HÉCTOR.—Que son muy lindas... las señoras.

LAURA.—¿Ah, sí! ¿y los caballeros?

HÉCTOR.—La verdad, no me he fijado.

DOCTOR.—Este niño va a ir muy lejos.

Don Rómulo con maleta, sombrerera, paquetes y una gran langosta.

RÓMULO.—¡Vengo por el niño! ¡Oh! ¡Pido perdón al senado!

LAURA.—El niño se queda en París, y usted con él. (Aparece Lavigné, jadeante, lleno de júbilo. Trae en una mano un trajeito de marinero y en la otra un vestidito blanco de falditas.)

LAVIGNÉ.—Aquí están los trajes. ¿Se los probamos?

LAURA (Muerta de risa, como todos, presentándole a Héctor).—¡Sí, pruébeselos usted, amigo mío! ¡Pruébeselos usted! (Lavigné cae sobre una silla, estupefacto; Héctor, en mitad de la escena. Las señoras tocan el tambor y la corneta haciendo bailar al polichinela. Laura, en el extremo, mira a Lavigné, muerta de risa; el doctor está que se comería a Héctor Fernando.—Cuadro y telón.)

## ACTO SEGUNDO

Salón sencillo estilo inglés, sirvele de hall y sala de armas a Héctor. Tonos claros. La decoración en ángulo recto, cristalera al frente con persiana junquillo y stor. Por la cristalera véase el jardín. Derecha, entrada calle; izquierda, cuarto de Héctor; foro, jardín que va al resto del hotel. Una chaise longue, almohadones, piano, pianola, mesita volante, sillars, butaca de extensión ante el ventanal, escritorio, en el ventanal sillars junco. Dos panoplias, una de armas modernas y otra de armas artísticas y de países raros. Cuadros de sport pocos pero en armonía. Reloj adosado a la pared o en sitio conveniente. Una hermosa piel de tigre cubre la chaise longue. Un búcaro para flores en la mesita volante. Cuidese la decoración dándole color y elegancia moderna, si puede ser... si no, pues con lo que haya. Por la mañana, en verano.

Don Rómulo prueba y examina dos espadas francesas o sables de combate. Pausa. El reloj da las diez. Va al ventanal por donde entra el sol a raudales; va a la puerta primera derecha, dice que no con la cabeza. Está impaciente. Viste bastante mejor que cuando llegó de provincias, nótese que le han "echado" muy bien de comer, como él no podía soñar en la vetusta urbe, donde guardaban el secreto de su humilde sabiduría. Vuelve a esgrimir los aceros que dejó en la mesa y dice:

RÓMULO.—Hermosas y bien templadas... yo no sé dónde colocarlas... todos los días armas y más armas y cacharros por doquier... Este niño ¡ay! este niño... (Va a la puerta derecha.) Invisible todavía y el astro Rey corriendo hacia el Cenit... ¡Ah! Por fin... (Abrese la puerta derecha, entra Margot, joven linda muy parisiense, que vive para alegrar la vida a los mortales.)

MARGOT.—Señor don Scipión, muy buenos días.

RÓMULO.—Ante todo, señorita, después de ofrecerle mis respetos haréla observar, que Rómulo es mi patronímico sin hacer uso alguno de el Scipión... así que...

MARGOT.—Bien, dejemos los discursos y llámese usted como quiera...

RÓMULO.—Ahora, señorita, permítaseme averiguar, ¿quién ha franqueádole la entrada?

MARGOT.—Ha franqueádome la portero.

RÓMULO.—La de la calle... sí, pero no pien-

tamente la de este nuestro departamento.

MARGOT.—Estaba entornada, yo la he abierto... y basta de sermones. Tengo que hablar con Nandín.

RÓMULO.—¿Nandín?

MARGOT.—Héctor Fernando; pero yo le llamo así, Nandín. Quiero verle.

RÓMULO.—¿Tan de mañana?

MARGOT.—¿No querrá usted hacerme creer que ha salido?

RÓMULO.—Supongamos que es así...

MARGOT.—Que no lo es...

RÓMULO.—Odio las discusiones pueriles. (Abre puerta izquierda.) Vea y convenceráse.

MARGOT (Entra y sale en seguida).—La cama intacta. ¿De modo que ha pasado la noche fuera de casa?...

RÓMULO.—Suponfale yo en la vuestra, señorita.

MARGOT.—Si así fuera, no estaría yo aquí (imbécil.)

RÓMULO.—Vea usted, una conclusión que no está exenta de lógica.

MARGOT.—Por eso, por eso no le veo en tanto tiempo... y me planta a los dos meses...

RÓMULO.—Pues ya puede usted decir que ha batido el record de su constancia.

MARGOT.—Sí, sí, ya le encontraba yo variado, displicente... ¿Y con quién se entretiene ahora?

RÓMULO.—Ignórolo por completo, pues no importa un ardite.



MARGOT.—Que no es de las nuestras, lo sé ¡vaya! Le hubiera faltado el tiempo si fuese amiga para refregarme la noticia por las narices...

RÓMULO.—(¡Refregar! ¡Muy bonito! ¡Y con ese sombrero!)

MARGOT.—Es del gran mundo... No, no hay que asombrarse, que esas son las que nos hacen la competencia.

RÓMULO.—Asunto harto escabroso es ese, que no impórtame en modo alguno.

MARGOT.—Vamos, gruñonete... Don Romulito, ¿quién es? Dímelo todo, con los criados de confianza no hay secreto posible.

RÓMULO.—Señorita... Ante todo, haréla observar que yo disto y mucho de ser un criado o servidor vulgar ¡eh!... Así, sea más comedida y cortés para el preceptor de Héctor, su amigo en la intimidad, su maestro "in illo tempore", y ahora ausente, porque si llega no quiero catilinarias.

MARGOT. (Se tumba en la otomana, rabiosa. Saca un cigarrillo turco y fuma haciendo mohines graciosos.)—Aquí le espero.

RÓMULO.—Pues es lo único que faltábame, que se presente la señora y tengamos una San Bartolomé.

MARGOT.—¡Ah! la...

RÓMULO.—Señora del Comodoro, y de Héctor madrastra; esposa del intrépido marino, padre caballeresco...

MARGOT.—Bueno, ya sé lo que es eso, no vaya a colocarme la escenita sensible de papí Duval, que me la sé de memoria...

RÓMULO.—No discuto, niña, pero repítote que sí viene...

MARGOT.—¿De modo que se permite espiar?

RÓMULO.—Qué espiar, ni qué narices, y perdón la chavanesca expresión, pues póneme usted nervioso en superlativo grado. La señora vela por Héctor con cariñosa solicitud... y si ella supiese que ha pernoctado esta noche lejos de sus lares...

MARGOT.—¿Le daría murga, eh?...

RÓMULO.—(¡Muy académico!)

MARGOT.—Pero después de todo a ella qué? Si Nandín no es hijo suyo...

RÓMULO.—Eso no es óbice para que lata puro y fuerte el sentimiento materno en...

MARGOT.—¿Qué bonito!

RÓMULO.—Lo único que la disgusta es la conducta de este Barba Azul, que si así no fuese, esta casa sería otra Arcadía feliz...

MARGOT.—Bueno, déjeme usted a mí de cosas que no me suenan y dígame si...

RÓMULO.—Silencio. (Va puerta derecha.)

MARGOT.—¿La señora? (Asustada.)

RÓMULO.—No. ¡Héctor! ¡Nandín! (Margot corre a ocultarse al fondo.)

HÉCTOR. (Que llega de la calle, y es inútil decir que la metamorfosis en él ha sido radical: es el señorito distinguido, elegante y gentleman. Vire como los ángeles, haciéndose pequeño París. Viene de frac y abrigo.)—Aquí estoy, viejo mío... No, no, me gruñas. (Se presenta Margot, que se oculta junto al piano.) ¿Qué? Margot; tú aquí?

RÓMULO.—¡Hece Margot! ¡Sí!

MARGOT.—Verás... pasaba y no pude...

HÉCTOR.—Pero es que yo te he prohibido que vengas aquí. ¿Quieres comprometerme?

RÓMULO.—(¿Eh? ¿Qué tal, señorita?)

MARGOT.—Es verdad, pero yo te amo, mientras que tú... (Sentándose.)

HÉCTOR.—No, niña, no te sientes.

MARGOT.—Quería saber de ti...

HÉCTOR.—Bueno, pues aquí me tienes, soy siempre tu amigo... y déjame ya, ¿estás?

MARGOT.—¿Pero así me despides?

HÉCTOR.—No creo que pienses instalarte aquí... Sé razonable, dame un abrazo... te enviaré unas flores y...

MARGOT. (Abrazándole.)—¿Pero me amas, Nandín?

HÉCTOR.—Sí, chiquilla, sí...

MARGOT.—Más de ocho días sin verte...

HÉCTOR.—Hijita, ocupaciones. No tengo un momento de reposo. Ya ves, ya ves a la hora que vengo a casa.

MARGOT. (Llorosa.)—Eso es lo que me pone fuera de sí.

RÓMULO.—De mí, señorita.

MARGOT.—Cállese, don Escipión.

RÓMULO.—(Aguiles non capit muscas.)

MARGOT.—Nandín mío, júrame que no vienes de los brazos de otra.

HÉCTOR.—Lo juro y lo sello. (La besa.)

MARGOT. (Sentándose en sus rodillas.)—Embusterozo. Sé que me engañas, lo sé; pero no importa. Te quiero. ¿Ves? Soy buena; me voy. ¿Cuándo nos veremos?

HÉCTOR.—Ya te lo escribiré, vidita. (A Rómulo.) Anda, acompaña.

MARGOT.—Gracias; no se moleste don Centurión, conozco la salida. ¿No me abrazas? (Héctor la abraza fríamente.) (No, no tiene la fuerza ciertamente de cuarenta caballos, pero qué se va a hacer.) Adiós Nandín; hasta pronto. Me lo has prometido.

HÉCTOR.—Sí, hasta muy pronto. Adiós. (Mutis por la derecha Margot. Don Rómulo la acompaña; cierra la puerta. Héctor se tumba en la chaise-longue.)

HÉCTOR.—¡Ay! ¡Gracias a Dios! (Pausa.)

RÓMULO.—¡Hijo mío, es que las matas!

HÉCTOR.—Déjate de bromas.

RÓMULO.—Suficit.

HÉCTOR.—Más valía que no la hubieras dejado entrar.

RÓMULO.—¡Yo!... Introdujose ella. Echala, pero inútilmente.

HÉCTOR.—Me aburre, me empalaga. Y además calcula que Laura la encuentra aquí y no quiero pensar la escena.

RÓMULO.—Tranquilízate. En todo lo que va corrido de la mañana, aún no se ha presentado. Pero ¿de dónde vienes a estas horas? ¡parécete apropiada conducta!...

HÉCTOR.—Sermones, no. ¡Ay! No he pagado los ojos en toda la noche. Ayúdame. (Quitándose el abrigo y el frac; la corbata y el chaleco no.) Que preparen el baño.

RÓMULO.—¿No darás lección de espada? ¿Ni la de boxeo? ¿Ni vas al picadero?

HÉCTOR.—Déjame de esgrima y boxeo.

RÓMULO.—No olvides la máxima. "Mens sana in corpore sano".

HÉCTOR.—¿No tengo fuerza ni para sostener en la mano una pluma.



RÓMULO.—¿Así estamos?

HÉCTOR.—Así. No tengo gusto para nada.

RÓMULO.—Malo. Estamos enamorados.

HÉCTOR.—No lo sé; pero sí que no es la aventura vulgar de todos los días.

RÓMULO.—¡Hola! Vestal tenemos.

HÉCTOR.—Sí, una virtud. Enamoradísima de su marido... Pero triunfé de su desvío. ¡Triunfo completo!

RÓMULO.—“Veni Vidi Vici”.

HÉCTOR.—Sí, sí. Misteriosa entrevista en el baile del “Moulen Rouge...” Y el marido en el Club. Todo esto es encantador, pero no satisface el espíritu... No, no estoy contento.

RÓMULO.—¿De ti quizas?

HÉCTOR.—¡Oh! De mí no tengo queja.

RÓMULO (Al recoger el gabán se encuentra dos monedas).—Aquí tienes dos auríferos lúises en el bolsillo del gabán. (Enseñándoselas por sí se los da.)

HÉCTOR (Guardándoselos).—Gracias. (Gesto de don Rómulo, que las creyó suyas. Llama Laura en la puerta del foro.) Silencio. Laura, pronto el pijama. (Va por él don Rómulo por la puerta izquierda.)

LAURA.—Soy yo. ¿Se puede?

HÉCTOR.—Ciertamente. (Se viste apresuradamente, pijama, pantalón, se cubre el cuello y corbata con una echarpe, se deshace un poco el peinado, el frac queda olvidado en una silla. Don Rómulo mete el gabán en el cuarto de Héctor y al entrar Laura desaparece don Rómulo. Abre Héctor.)

LAURA (Vestida con traje de mañana, vaporosa. Peinados sus cabellos rubios con coquetería. Es una rosa del jardín, más que mujer. Trac un gran brazo de flores).—Buenos días. (En el dintel.)

HÉCTOR.—Entra.

LAURA.—¿Estorbo?

HÉCTOR.—¿Tú? Jamás. Estaba vistiéndome cuando llamaste.

LAURA.—Sí, llamo siempre. ¡Ah! no están demás las precauciones para penetrar en este antro.

HÉCTOR.—¿Antro! Ja... ja...

LAURA.—Al que vengo lo menos posible. ¡No lo negarás!

HÉCTOR.—¡Oh! Sin duda... Ayer no viste más que cuatro veces.

LAURA.—Si te molesta... Rosas... Crisantemos... (Colocando las flores en el búcaro.)

HÉCTOR.—Tus visitas son mi única alegría. Lo que lamento es que no vengas más a menudo, que si así fuera, no me movería jamás del antro.

LAURA.—Ja... ja... Claveles... No quiero aburrirte, ni obligarte a sacrificar tu libertad. Solamente vendré por un motivo justificado. ¿Cómo te encuentras? ¿Has dormido bien?

HÉCTOR.—¿Dormir yo?... Ca... ¡Ah, sí! Admirablemente. ¿Y tú?

LAURA.—Yo duermo siempre tranquilamente. No tengo otra cosa que hacer. (Pausa.) Y anoche después de separarte de mí ¿dónde fuiste?

HÉCTOR.—Al Club. Unos momentos ¿sabes? Y en seguida regresé para meterme en la cama.

LAURA.—¡Hola! ¿Es que se acerca ya la formalidad?

HÉCTOR.—¿Por ventura no lo soy?

LAURA.—Se necesita valor...

HÉCTOR.—No me riñas.

LAURA.—No; es que temo por tu salud.

HÉCTOR.—No hay cuidado, soy fuerte, y todo eso son temores tuyos.

LAURA.—Sí, ya se ve que eres fuerte, pero todo tiene un límite y tú abusas de tu... libertad.

HÉCTOR.—No lo creas.

LAURA.—Se necesita frescura. ¿También crees que ignoro tu último triunfo con la señora Farlat!

HÉCTOR.—No es cierto.

LAURA.—Tengo pruebas. Lo dice todo el mundo.

HÉCTOR.—Habladurías. Pero si fuese así, no es mía la culpa.

LAURA.—No sé de quién.

HÉCTOR.—Tuya.

LAURA.—¡Tendrá valor!

HÉCTOR.—Tuya, sí; tú has levantado el pedestal en que me has colocado. Tú, que has hecho que me contemplen con asombro hasta tus propias amigas. “El hijo de mi marido.” “¡El hijo del Comodoro!...” Vamos, si no ha faltado más que me exhibieras en una feria o en un Café Concert.

LAURA.—Y tú te has mostrado a la altura de las circunstancias, porque desde que estás en París has batido el record en todo. Tengo deseos de que vuelva tu padre, a ver qué dice.

HÉCTOR.—Se asombrará de verme instalado aquí, en su casa.

LAURA.—Su verdadero asombro será al notar tu metamorfosis. El, que creará encontrarse un colegialito inocente, un señorito de provincia...

HÉCTOR.—Ja, ja...

LAURA.—Estoy deseando ver el efecto que le produces cuando te presentes.

HÉCTOR.—Pues te lo agradecerá mucho.

LAURA.—¿A mí?

HÉCTOR.—¿A quién si no se debe mi transformación? Yo soy obra tuya.

LAURA.—Yo me he limitado a ponerte en tren de una vida elegante y “chic”. Lo demás lo has hecho tú, con tus excelentes disposiciones y conocimientos de todo.

HÉCTOR.—Protesto, ¿eh? ¡protesto! Tú me has pulido, me has perfilado... Yo estaba en rústica, y tú has editado espléndidamente esta edición provinciana.

LAURA.—No aminores tus méritos.

HÉCTOR.—No los niego. Tú has gastado a manos llenas para perfeccionarme en todos los sports.

LAURA.—Quería que tu padre, al volver, encontrase un *gentleman* perfecto.

HÉCTOR.—Mira, no hables de papá. ¿No te parece?

LAURA.—¿Por qué no?... Hago sus veces. Soy tu madrastra.

HÉCTOR.—Ni en broma; tú eres... El... se fue, no vuelve; es muy sensible; yo apenas le recuerdo. Contadas veces le vi cuando niño.



LAURA.—Es verdad. No nos mortifiquemos; esperemos su vuelta, que ojalá sea pronta.

HÉCTOR.—Ese es mi deseo... Y hablemos de nosotros.

LAURA.—Buena. Almorzarás conmigo.

HÉCTOR.—Encantado. ¿Quieres que lo preparen aquí?

LAURA.—Si no desbarato alguna combinación.

HÉCTOR.—¿Qué tontería! Nada de eso. Mira, te propongo algo mejor.

LAURA.—¿Qué?

HÉCTOR.—Que preparen el "auto" y nos vamos al campo a almorzar; a Armenville, como dos...

LAURA (*Rápidamente*).—Camaradas.

HÉCTOR.—Eso es.

LAURA.—Ja, ja. (*Festiva*).—

HÉCTOR.—La mamafa que lleva al niño de campo; ja, ja, ¡qué bonito! Voy a vestirme. Espérame. (*Va a hacer mutis, llaman en la puerta del foro, entra don Rómulo, primera derecha, y dice ceremoniosamente*).

RÓMULO (*Asomando la cabeza*).—Licencia.

HÉCTOR.—Sí, hombre, sí.

RÓMULO.—El doctor André, que hállase en las habitaciones de la señora, pregunta si puede ser recibido. (*Laura hace mutis*).

HÉCTOR.—¿Te vas?

LAURA.—Sí. No, no. Dígale al doctor que le ruego se tome la molestia de venir aquí. ¿Comprende?

RÓMULO.—Comprendo, ¡porque soy fácil de comprensión! (*Hace mutis puerta derecha para venir con el doctor por la misma puerta*).

HÉCTOR (*Molesto*).—No me sorprende su visita; como todos los días.

LAURA.—Claro, ¿acaso no es el médico de casa?

HÉCTOR.—Pero aquí no hay enfermo alguno... Es insoportable ese señor. (*Paseándose*).

LAURA.—¡Vamos, niño, niño! Es más que un médico, es un amigo antiguo y hay que respetar los derechos adquiridos.

HÉCTOR.—Me carga su amistad y sus derechos...

LAURA.—Silencio. (*Sale el doctor por la derecha*). Doctor...

DOCTOR.—Decididamente, señora, cuando se quiere tener el placer de visitarla, no es en su casa donde se la encuentra (*Con intención*), sino aquí.

HÉCTOR.—Ya sabe usted, doctor... "Roma ya no está en Roma, pero donde yo esté, se encuentra Roma."

DOCTOR.—Conozco la frase; te la habrá enseñado tu preceptor. (*Héctor se sienta cerca del ventanal, casi de espaldas al doctor; Laura y el doctor en primer término alrededor de la mesita. La situación es embarazosa para los tres*). La encuentro a usted muy animada, de muy buen color.

LAURA.—¡Ah! sí... sí.

DOCTOR.—Vaya, desaparecieron las crisis nerviosas... aquel eterno "splén"... Milagros del amor... maternal.

LAURA.—Siempre de buen humor.

DOCTOR.—Sí, es cierto, señora; ya son in-

útiles mis visitas profesionales...; y yo me pregunto: ¿pues Señor, a qué vengo aquí?

HÉCTOR.—Pues a traer noticias de papá... Estoy seguro que viene usted del Ministerio, como siempre...

DOCTOR.—Cierto.

HÉCTOR.—Y, como siempre, no hay ninguna de "La Estrella Polar" ni de sus tripulantes. (*Jose de rabia*).

LAURA.—Pero nosotros esperamos su vuelta confiados.

DOCTOR.—Y resignados.

LAURA.—Y pensando siempre en él, y en la impresión que le producirá Héctor.

DOCTOR.—Impresión, pero no buena.

LAURA.—¿Cómo?

DOCTOR.—Cuando vea su semblante; no me gusta nada, nada, está amarillo como la cera.

LAURA.—Es cierto; ¿ves tú?... ¿Está enfermo, doctor?

DOCTOR.—No diré yo tanto; pero esa tos que tiene...

LAURA.—Reconózcalo, doctor...

DOCTOR (*Preparándose a examinarle*).—Será ligeramente; vamos a ver.

HÉCTOR.—Si son aprensiones de ustedes.

LAURA.—Claro, el señorito tiene miedo que nos demos cuenta de sus excesos.

HÉCTOR.—(Esta me la paga el doctorcito este.)

DOCTOR.—Vamos, desabrochate, quítate ese pañuelo. (*A la fuerza entre los dos le desabrochan, quedando en chaleco de frac y corbata blanca a la vista de ellos*).

LAURA.—¿Pero estás de frac, a las once de la mañana?

HÉCTOR.—No... sí; digo... yo.

DOCTOR.—Será moda; el último grito... Ja, ja.

HÉCTOR.—(Los que tú darías si te pillase a tiro, ¡canalla!) Verás, es que...

DOCTOR.—Es que habrá vuelto hace poco a casa, y claro...

LAURA.—Ahora comprendo tu tardanza en abrir a mi llegada.

HÉCTOR.—Déjame que te explique...

LAURA.—Ya hablaremos; siga usted, doctor. (*El doctor le sienta frente al público, le ausculta, dale golpes en pecho y espalda aplicando el oído. Le toma el pulso. Héctor está que arde, y le ahogaría*).

DOCTOR.—Respira fuerte. (*Héctor lo hace como si fuera un vendaval*). (Es un toro este niño.) Bien, la caja está bien.

HÉCTOR.—Caja fuerte, garantizada. (*Intenta levantarse; el doctor le sienta*).

DOCTOR.—Veamos la garganta.

HÉCTOR.—También. (*Le lleva a la ventana y el doctor le mira con atención, y exageradamente dice*).

DOCTOR.—Malo, malo...

LAURA.—¡Dios mío! ¿Qué?...

DOCTOR.—Hay un puntito blanco; pero como no llevo instrumentos, no sé; necesitaría... A ver; una cuchar de plata.

LAURA.—Voy a casa por ella.

HÉCTOR.—Pero...

LAURA.—Y si tienes algo que decirle particularmente al doctor, puedes hacerlo sin cuidado. (*Mutis por el foro*).



HÉCTOR (*De muy mal talante.*)—Doctor; la amistad tiene su límite, y no hay derecho para alarmar a Laura ni para mortificarme y burlarse de mí... No lo consentiré. (*Accionando con la espada que dejó don Rómulo sobre un mueble.*)

DOCTOR.—(Este niño es de mucho peligro.)

HÉCTOR.—Diríase que se complace en ser mi enemigo... ¿Qué le he hecho, yo a usted?

DOCTOR.—Sencillamente que no quieres ser mi aliado; ¿te parece poco?

HÉCTOR.—¿Su aliado?

DOCTOR.—Claro; sabes bien lo mucho que estimo la amistad de Laura.

HÉCTOR.—Ja, ja.

DOCTOR.—¿Por qué no quieres interesarla en favor mío?

HÉCTOR.—¿Yo?

DOCTOR.—¿Quién mejor?

HÉCTOR.—(Se necesita frescura.) ¿Olvida usted que soy aquí la representación de mi padre?

DOCTOR.—Apenas le has conocido; y a ti se te puede decir; tu padre no volverá jamás.

HÉCTOR.—¿Caballero! Cortemos esta conversación demasiado *derniere crit*; además, si usted cree que el Comodoro no ha de volver, no piensen así en el Ministerio, ni el ministro ni los amigos leales de esta casa.

DOCTOR.—Como, por ejemplo..., Lavigné.

HÉCTOR.—Ese es uno.

DOCTOR.—Que hace la corte a tu madrastra de muy distinta manera que yo, que soy libre.

HÉCTOR.—¿Pero ella?...

DOCTOR.—Ella, si no vuelve su esposo, es libre también, y la ley puede otorgarle otro.

HÉCTOR.—¡Ah! ¿Y usted me pide la mano?...

DOCTOR.—¿De mamá!

HÉCTOR.—Es conmovedora la proposición.

DOCTOR.—Hablo formalmente, y para ti sería ventajosísima la solución que te propongo; yo no seré un padrastro para ti, seré tu amigo, un camarada que en tus momentos de apuro nada te negará...

HÉCTOR.—Gracias, yo...

DOCTOR.—A quién no le ocurre... Sin ir más lejos, anoche en el Club vi el mal rato que pasaste... Sí; en el Poker...

HÉCTOR.—No es cierto...

DOCTOR.—Vaya; observé perfectamente que eras dendor de cuarenta luises que te ganó en un resto nuestro amigo Destournelles.

HÉCTOR.—Verdaderamente, tiene suerte ese imbécil.

DOCTOR.—Tú no tienes dinero, no es extraño; jugaste de palabra; no querías que Laura se entere... Ea, no te apures. Los cuarenta luises han sido restituidos a Destournelles esta mañana temprano en nombre tuyo, por orden mía.

HÉCTOR.—¿Qué?

DOCTOR.—Dí que no soy tu amigo.

HÉCTOR.—(No he visto frescura igual.) Agradezco mucho... y le devolveré ese dinero, pues no consiento que...

DOCTOR.—¿No seas chiquillo, yo soy rico!

LAURA (*Por el foro.*)—Aquí está la cuchara, no sin haberla hecho hervir primero...

DOCTOR.—Excelente precaución... A ver la garganta; siéntate.

HÉCTOR (*Furioso.*)—(¿Otra vez el número!) ...

DOCTOR.—Dí... ¡Ah!

HÉCTOR.—¿Ah! ...

DOCTOR.—Dí... ¡Eh! ...

HÉCTOR.—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!... (*Se levanta irritado.*)

LAURA.—¿Le ha dicho algo reservado?

DOCTOR.—(Esté usted tranquila; nada me ha confiado.) Muy bien. Ahora me voy; esto no es nada. Está muy bien, me equivoqué, y no hay razón para alarmarse.

LAURA.—Menos mal.

DOCTOR.—Adiós, Héctor; siempre amigos, ¿no?

HÉCTOR.—No... que no se preguntan esas cosas...

LAURA.—Vuelva usted mañana, doctor.

DOCTOR.—Bien; pero mi visita no será para él...

LAURA.—¿Pues?...

DOCTOR.—Ya, ya hablaremos a sus pies Laura... ¡Adiós, Fernandín! (*Al llegar a la puerta derecha se inclina despidiéndose de Laura; está de espaldas a Héctor, éste, furioso, amenaza al doctor con la espada en alto señalándose la garganta. El doctor hace mutis riéndose de él. Laura se sienta, pensativa y contrariada. Héctor da unos paseos, se acerca a Laura y le dice cariñosamente.*)

HÉCTOR.—¿Estás enojada?

LAURA.—No; ¿por qué?... (*Héctor tose naturalmente.*) ¿Lo ves? (*Alarmada.*) Y dices que estás bueno; claro, con la vidita que haces...

HÉCTOR (*Cariñoso.*)—Al fin y al cabo, la de un muchacho soltero; yo no puedo vivir como un ermitaño... Además, no puedo, no debo estar siempre a tu lado.

LAURA.—Bien; pero puedes retirarte más temprano...

HÉCTOR.—¿Sigue el enfado? (*Acercándose.*)

LAURA (*Le separa sin enojo.*)—Anda, ve a cambiarte de ropa, y si te estorbo...

HÉCTOR.—No, esperaba al profesor de boxeo; me visto en cinco minutos; desde ahí podemos seguir hablando. (*Hace mutis, y ella se sienta de espaldas a la puerta, que está abierta, él habla desde el cuarto jovialmente; ella, nerviosa.*) ¿No dices nada?

LAURA.—No se me ocurre qué decir...

HÉCTOR.—¿Ah!

LAURA.—Y luego, necesito mirar a los ojos de la persona a quien hablo. (*Dando pataditas en el suelo.*)

HÉCTOR.—¿Ja, ja! (*Tose Héctor.*)

LAURA.—¿No, si te morirás!...

HÉCTOR (*Sale en mangas de camisa y sin cuello.*)—¿No seas tonta!

LAURA.—¿Desvergonzado! ¿Vístase usted! (*Tapándose la cara cómicamente. Héctor hace mutis.*) ¿Pero es muy gracioso! ¿Ah! No soy tonta... ¿Crees que no he notado las miradas, las insinuaciones de la marquesa? Sí, sí. ¡Y de todas esas lagartonas que sólo vienen a mi casa para admirar al señorito! (*Sale Héctor con las mangas de la camisa arremangadas, ella da un grito de terror, no*



sin dejar de mirarle por entre los dedos de las manos con que oculta su rostro, y le dice: ¡Impúdico! (Héctor hace mutis corriendo. Ella dice ingenua: ¡Qué blanco es!...) (Siguen la conversación hasta que él sale vestido del todo, pero con batín. Esta escena es capital y muy difícil. Hay que hacerla con cierto atrevimiento, "un poco más que a la española". Es preciso hacer ver la situación de ambos, jóvenes y ardorosos, pero que no tienen "nada, nada de qué avergonzarse". El, precisamente porque advierte el peligro, busca aventuras, pues su madrastra le trastorna, y no olvida a su padre. La situación de ella es bien comprensible y disculpable: vive tres años hace separada del esposo, y, ¡caramba!, tiene veinte años y es guapa... y... ¿para qué más?) Claro que puedes hacer lo que te venga en gana; pero, eso sí, evítame ciertos contactos con esas..., pues no lo podré soportar... mi dignidad de madre así lo exige.

HÉCTOR.—Puritana y todo.

LAURA.—No sé lo que soy; sólo sé que si una de las que se dicen amigas mías se atre..., eso no lo perdonaría jamás.

HÉCTOR.—No hay peligro; tú sí que te ves rodeada siempre...

LAURA.—¿De amigos!

HÉCTOR.—¡Demasiado cariñosos, que te hacen la corte a todas luces!

LAURA (Indignada cómicamente se dirige a la puerta del cuarto).—¿La corte a mí? A mí...

HÉCTOR (Cerrando a escaque la puerta le dice).—¡No se puede!...

LAURA (Regresa a su sitio).—Y tienes la desfachatez de afirmar... que...

HÉCTOR (Sale vestido y peinado; cuidese el tipo varonilmente).—Que te hacen el amor. El doctor sin ir más lejos.

LAURA.—Un viejo amigo de casa.

HÉCTOR.—Ni viejo ni amigo; el muy...

LAURA.—Ja, ja, ja...

HÉCTOR.—¿Y Lavigné, qué tal?

LAURA.—Espero que no lo tomarás en serio.

HÉCTOR.—Es un pretencioso, vacío... pero él no tiene esa idea, se cree irresistible y espera el día de la capitulación.

LAURA.—¡Hay fortalezas que no se toman jamás!

HÉCTOR (Un poco más serio y con ternura).—Si supieras Laura qué alegría siento al decirme eso.

LAURA.—¿Sí?

HÉCTOR.—Es para mí un deber...

LAURA.—Ya, mi fiel guardián.

HÉCTOR.—Y que no duermes (bostezando).

LAURA.—Ja, ja; no tienes que afirmarlo.

HÉCTOR.—Para algo estoy aquí... Si alguien traspasase los límites... si se atreviese...

LAURA.—¿Qué miedo! ¿Le provocarías?

HÉCTOR.—¡Oh! Te respeto demasiado para comprometerte con un duelo vulgar. Eso desacreditaría siempre a una mujer.

LAURA.—¡Oh! Mi paladín. El Caballero de la "Tabla redonda".

HÉCTOR.—No te burles.

LAURA.—¿Y qué harías?

HÉCTOR. (Enseñándola los puños.) ¿Qué? ¡Mira!

LAURA.—Ya, un rill de boxeo.

HÉCTOR.—Sabes que no me faltan fuerzas.

LAURA.—¡Pero no ciertamente esta mañana! ¡Ja, ja! Debes estar un tanto averiado! Ja, ja.

HÉCTOR.—No te aconsejaría que probases las que me quedan.

LAURA.—¡Uy! ¡Uy! ¡Qué ilusiones!...

HÉCTOR.—¡Ah! ¡No!

LAURA.—Apuesto una caja de glasés, que mujer y débil como soy, te puedo!... (Con coquetería y gracia infantil.)

HÉCTOR.—¡Puede!

LAURA.—No lo dudes.

HÉCTOR.—Mira...

LAURA.—No lo dudes.

HÉCTOR.—Pues acepto el reto.

LAURA.—¡En guardia! (Se coloca en posición, con sus puñitos cerrados, en pose de boxeo, pero mal, naturalmente. Cómicamente.)

HÉCTOR.—Ja, ja; no estás en línea; no es así: mira, hay que tomar la posición reglamentaria. (La hace. El se coloca bien.)

LAURA.—¿Qué posición?

HÉCTOR.—Yo te la enseñaré. (Aquí empiezan los sudores de ambos.) Ponte en guardia, eso es. (La coge dulcemente por el busto, le coloca los brazos, se aleja complacido para verla.) Pero el brazo más recto. (Acariciándole mejor que cogiéndoselo.) No. La pierna más... más... flexible... ¿A ver? ¡Ah! No; el brazo izquierdo más... (Ella hace un movimiento con el brazo subiéndosele la manga y dejándole al desnudo.)

LAURA.—¿Así, está bien?

HÉCTOR.—¿Cómo si está bien? ¡Muy bien!

LAURA.—¿Sí?...

HÉCTOR.—Avanza la pierna; no, la otra. (Con la voz turbada ya.) Y el busto más erguido... ¡Ouf! (Se retira limpiándose el sudor.)

LAURA.—¿Qué tienes?

HÉCTOR.—¡Calor...! ¡Ay! (Tropicza en una silla.)

LAURA.—¿Te has hecho daño?

HÉCTOR.—No, es que todo está ardiendo. Ea, ¡a la posición otra vez! Así. (El se pone en guardia.) El primero que se sienta tocado, debe cantarlo lealmente en alta voz. (Va a marcar un golpe y se detiene muerto de risa.) Que te descubres. (Ella candelorosamente cree que es por el escote y lo mira.) ¡No es eso! En guardia. (Se aproxima y cila le da el primer golpe, pero fuerte, ¡ch!) ¡Ay! ¡Tocado!

LAURA.—¿Y ahora, quién es el que se descubre? (Muerto de risa. Vuelven a acometerse. En un cuerpo a cuerpo se unen. Ella lo toca.)

HÉCTOR.—Tocado otra vez. (El avanza.)

LAURA.—¡Cuidado, que te descompones! (Quédanse mirando fijamente, palpitante la respiración. Ella hace un extraño y casi ra a caer; él la sostiene abrazándola como un naufrago.) Basta. (Separándose.)

HÉCTOR (Muy dulce).—¿Te he lastimado?

LAURA.—¡No, no! ¡Ouf! Qué calor; ¿verdad?



HÉCTOR.—¿Estoy averiado? (*Con mucha intención.*)

LAURA.—No, hijo, no, ¡qué puños! (¡Y cómo abraza este hijo!) (*Va a la ventana a respirar, se encuentran sus miradas.*)

HÉCTOR (*Muy insinuante.*).—¿Seguimos?

LAURA.—Basta, perdí los marrones y es bastante perder. (*Pausa.*) Voy a vestirme para almorzar. ¡Llaman! (*Va al foro.*)

HÉCTOR (*De mal humor.*).—¿Quién es? (*A la puerta derecha.*)

LAVIGNÉ (*Desde dentro, puerta derecha, con elegante traje de montar.*).—Soy yo, Lavigné.

HÉCTOR.—Adelante, querido.

LAVIGNÉ.—El señor don Rómulo Scipión me ha dicho que estaba aquí la señora de Mont Blanch y he querido ofrecerle mis respetos.

LAURA.—Gracias, y con su permiso... (*Medio mutis.*)

LAVIGNÉ.—¿Soy yo la causa?

LAURA.—No, me disponía ya a marchar.

LAVIGNÉ.—¡Ah!

LAURA.—Pero supongo que esta visita no es para mí.

LAVIGNÉ.—Sí, sí... Vámonos, que no; quería dar un paseo por el Bosque en mi pur sang, acompañado de Héctor Fernando.

HÉCTOR.—¡Muy amable!

LAVIGNÉ.—Pero veo que importuno.

HÉCTOR.—¡No, qué tontería! (*Pausa.*)

LAVIGNÉ.—Hace tanto tiempo que no la veo a usted, señora, que...

LAURA.—Sí, tanto tiempo que no me habla usted de bancos de hielo, de témpanos...

LAVIGNÉ.—Cierto, sí; siempre esos eternos bancos de hielo.

LAURA.—No se inquiete, amigo mío, ya se liquidarán, verá usted; y volverá el Comodoro y usted no tendrá que molestarse tanto, en interés mío.

LAVIGNÉ.—¡Oh! Laura, yo me intereso...

LAURA.—Beso a usted la mano. (*Se cae, hace mutis.*)

LAVIGNÉ.—¿Pero qué le ocurre?

HÉCTOR.—Los nervios... y esos eternos bancos de hielo... comprenda usted su situación.

LAVIGNÉ.—¡Oh! ¿Pues y la mía? (*Romántico.*)

HÉCTOR.—¿La de usted?

LAVIGNÉ.—Sí, amigo mío, la mía; que podría cambiar del todo, con que usted se interesase por mí, cerca...

HÉCTOR.—¿Y van dos!...

LAVIGNÉ.—¿Cómo?

HÉCTOR.—Que me hacen la misma proposición.

LAVIGNÉ.—¿Eh?

HÉCTOR.—El doctor André me hablaba en los mismos términos hace media hora.

LAVIGNÉ.—¿A usted? ¿Al hijo de su padre? Vamos, se necesita...

HÉCTOR.—Tupé, ¿no es cierto? Si le digo, amigo mío, que los hay...

LAVIGNÉ.—Sí, sí, querido Hectorcito, los hay...

HÉCTOR.—Que no tienen la menor idea de... nada.

LAVIGNÉ.—Es verdad.

HÉCTOR.—Pero de todos modos, mi padre les estará muy agradecido.

LAVIGNÉ.—Claro. (*Transición.*) (¡Uy!)

HÉCTOR.—(No sé cómo no le ahogo...)

(*Pausa embarazosa.*)

LAVIGNÉ.—Le dejo, amigo mío, voy al Bosque a dar una vuelta. (*Medio mutis.*) Me olvidaba decirle...

HÉCTOR.—¿Otro encarguito?

LAVIGNÉ.—No; anoche en el Joquey Club, me pareció advertir en usted cierta contrariedad por no poder pagar aquellos cuarenta luises a Destournelles.

HÉCTOR.—¿Usted vió?

LAVIGNÉ.—Pero ne se inquiete por eso, amigo mío. Me he permitido enviárselos esta mañana en su nombre.

HÉCTOR.—¿También usted?

LAVIGNÉ.—¿Qué?

HÉCTOR.—Nada. (¡Vaya, ahora debo ochenta!) Le agradezco, amigo mío, el interés...

LAVIGNÉ.—No vale la pena, soy rico y...

HÉCTOR.—(Un fresco.) Hoy mismo le enviaré esa cantidad.

LAVIGNÉ.— ¡Quién habla de eso! Adiós, amigo mío; no se preocupe, no se preocupe... (*Mutis puerta derecha.*)

HÉCTOR (*Paseando furioso.*).—No, esto es demasiado, no tengo paciencia para tanto. (*Fuma.*) Rómulo, Rómulo...

RÓMULO.—¿Qué hay?

HÉCTOR.—Prepárame la americana, guantes, sombrero; almuérzo fuera de casa.

RÓMULO.—Bien.

HÉCTOR.—Oye, ¿por casualidad no tienes ahí ochenta luises?

RÓMULO.—Te diré... ¿puedes arreglarte con ochenta céntimos. (*Llaman por la derecha.*)

HÉCTOR.—Si es algún inglés, que he muerto, ¿entiendes?

RÓMULO (*Vuelve.*).—Dama tenemos.

HÉCTOR.—¿Qué?...?

RÓMULO.—Tupido y espeso velo envuelve su faz; ignoro quién sea.

HÉCTOR.—Que pase. (*Observa por la ventana, él sale al encuentro.*)

RÓMULO (*Precediéndola.*) Penetre la señora. (*Al pasar por el lado de Héctor le dice indignado.*) Barba Azul. Retírome. (*Saluda y hace mutis. Héctor va a recibir a Albertina, ésta excitadísima, cae en la chaise-longue.*)

HÉCTOR.—¿Qué pasa?

ALBERTINA (*Con espeso y largo velo.*).—Ayúdame, por Dios... ¡Ay! al fin respiro...

HÉCTOR.—¿Acaso su marido?

ALBERTINA.—¿No sabe nada! (*Héctor le quita el velo.*)

HÉCTOR (*Pinchándose.*).—¡Ay!

ALBERTINA.—¿Tenga cuidado con los alfileres!

HÉCTOR.—¿Quiere usted decirme?...?

ALBERTINA.—Le explicaré... (*En un arranque.*) Amor mío!

HÉCTOR (*Conteniéndola.*).—Hable, Albertina, me da miedo.

ALBERTINA.—¿Miedo, usted?...?

HÉCTOR.—Por usted, naturalmente; ¿qué motiva su presencia?...?

ALBERTINA.—Que no quería dejar pasar todo el día sin vernos. ¡Héctor mío!



HÉCTOR.—¿Eso es todo?...  
ALBERTINA.—¿Le parece poco?  
HÉCTOR.—No, al contrario, es muy agradable, yo le agradezco...

ALBERTINA (*Asombrada*).—¿Le agradezco! (*Indignada, Llorando*). No; usted no me ama.  
HÉCTOR.—¿Qué idea! Pero comprenda mi sorpresa; usted me ha dicho que durante el día jamás...

ALBERTINA.—Es cierto... pero hoy marchaba Gustavo todo el día fuera de París y volé a sus brazos, para darle esta sorpresa.

HÉCTOR.—(Y tanta.) Pero esto es una locura. Venir en pleno día... Si alguien la ha reconocido...

ALBERTINA.—No; para qué están los velos tupidos...

HÉCTOR.—Y no ha pensado usted, que pudiera sorprendernos Laura... no, mi madrastra, la esposa de mi padre...

ALBERTINA.—No se me ha ocurrido.  
HÉCTOR.—Si ella la encontrase aquí, ¿usted, su mejor amiga!...

ALBERTINA.—¡Por eso!

HÉCTOR.—Vamos, esto no puede ser... En mi casa, de día es imposible... además, tengo que hacer.

ALBERTINA.—Usted, que a nada se dedica.

HÉCTOR.—Precisamente; cuando nada se hace, se está más ocupado.

ALBERTINA.—¡Ja, ja! ¿Forma usted Ministerio?...

HÉCTOR.—Ea... sépalo. Voy a salir en auto con mi... con su... con...

ALBERTINA.—¡Con Laura! Y para oír esto he estado al borde del abismo, a punto de sacrificar el amor de mi marido.

HÉCTOR.—¡Vamos, dígame ahora que le ama!

ALBERTINA.—¡Ah, sí le amo! ¡Y ya me arrepiento de haber pensado traicionarle, con quien es indigno de mi amor!

HÉCTOR.—¡Ah, pues no! No Albertina. ¡Sacrificios, no! Vuelva a sus brazos.

ALBERTINA.—¿Y así lo dice?...

HÉCTOR.—¡Así!

ALBERTINA.—Entonces, aquí murió nuestro amor!

HÉCTOR.—¡Nació y murió en... un día! De nada tenemos que acusarnos.

ALBERTINA.—Está bien, caballero... yo sabré... (*Se oye la voz de Destournelles*.)

DESTOURNELLES.—Vamos no sea usted pasado, para mí siempre está.

ALBERTINA.—¡Mi marido! (*Aterrada va al foro*.)

HÉCTOR.—Por ahí no; aquí y pronto. (*Por la primera izquierda*.)

ALBERTINA.—Pero...

HÉCTOR.—¡Y no salga, ocurra lo que ocurra! (*Cierra la puerta. Ve el velo que le quitó a Albertina y lo quiere meter en la caja del piano. Va a recibir a Destournelles, disimulando su turbación*.)

HÉCTOR.—Pase usted, amigo mío... ¡Esos criados!

DESTOURNELLES.—¡Buenos días, Héctor!

HÉCTOR.—¡Muy buenos!

DESTOURNELLES.—Se ha lucido usted... ¡ja, ja!

HÉCTOR.—¿Pues?  
DESTOURNELLES.—¡Muy bien, muy bonito!... ¡ja, ja!

HÉCTOR (*Turbado*).—Pero...

DESTOURNELLES.—Pagar una deuda de juego una vez, es lo corriente, pero dos veces no lo he visto nunca.

HÉCTOR.—¡Ah! (*Tranquilo*.) Yo... sí... no...

DESTOURNELLES.—¡Bah! Me hago cargo, esa cabeza, esas conquistas, ¿eh? Aquí tiene usted sus cuarenta luises del segundo envío. (*Le entrega el dinero*.) No acostumbro a cobrar réditos a mis amigos. (*Se sienta. Héctor está en ascuas. Se pone a fumar*.) Debía estar a estas horas lejos de París... ¡Ja, ja! pero habiendo perdido el tren, dije "Vamos a ver al hombre afortunado, si no en el juego, en los amores." (*Al coger los guantes deja olvidada la cartera sobre la mesa del centro*.) Le debo a usted una revancha.

HÉCTOR.—(¿Estúpido!) Ya me la he tomado.

DESTOURNELLES.—¿Eh?

HÉCTOR.—Nada. Que otra vez seré yo quien gane. (*Se oye en el foro la voz de Laura, que llama*.)

LAURA.—Soy yo.

HÉCTOR.—Laura.

DESTOURNELLES.—Me retiro.

HÉCTOR.—No, ¿por qué? Pasa.

LAURA (*En traje de calle; es preciso saque abrigo largo, que deja al entrar en el foro, sin que lo note Destournelles*).—¿Cómo me encuentran? ¡Ah! ¿Es usted, amigo mío?

DESTOURNELLES (*Besando la mano*).—¡Señora, está usted elegantísima!

LAURA.—¡Muy amable! ¿Todavía en batín?

HÉCTOR (*Turbado*).—Es cuestión de un minuto.

LAURA.—Tendremos para una hora. ¿En qué se te ha ido el tiempo?

HÉCTOR.—Ha sido... ha sido Destournelles que me ha entretenido.

DESTOURNELLES.—¡Yo! Si acabo de Regar...

LAURA.—¿Pues qué hacías?...

HÉCTOR.—Buscar una salida.

LAURA.—¿Salida?

HÉCTOR.—De... de tango... ¡Ja, ja! (*Lo marca tarareando un tango y se quita el batín*.)

LAURA.—¡Ja, ja! Anda, date prisa. (*Héctor da vueltas y atontado coge el frac que quedó en las primeras escenas*.) ¿Te has vuelto loco? ¿El frac ahora?

HÉCTOR.—¿Eh? (*Se quita el frac, se pone el batín del revés*.)

LAURA (*Viendo el velo que quedó en una silla*).—¿Qué es esto?

HÉCTOR.—¿Qué?

LAURA.—¿Esto es un velo! (*Metiéndoselo por los ojos*.)

HÉCTOR.—Un velo, sí... Pero yo no sé...

DESTOURNELLES (*Muerto de risa*).—¡Oh!

¡Oh! el cuerpo del delito.

HÉCTOR.—No, no.

LAURA (*Indignada*).—Es de una mujer.

HÉCTOR.—Te aseguro...

LAURA.—¡No me dirás que es de Gusta-



vo!... (A Destournelles.) ¿Es suyo este velo; caballero?

DESTOURNELLES. (*Cae en una silla, riendo siempre.*)—Señora, no uso esas prendas.

LAURA. (*Fuerte.*)—Es de una mujer, de una mujer.

HÉCTOR.—Te repito que no, no ha entrado nadie. (A Destournelles.) ¿No es cierto, amigo mío?

DESTOURNELLES.—Ciertísimo.

HÉCTOR. (*Con aire triunfal.*)—¿Lo ves?

LAURA.—Lo que veo es que se ha ocultado en tu cuarto a la llegada de Destournelles... (*Tira el velo sobre una silla.*)

HÉCTOR.—Te engañas, Laurita.

LAURA.—No me convences, no... y yo misma... (*Se dirige al cuarto.*)

HÉCTOR.—¡Es insuportable verse espiado de esta manera! (*Se interpone en su camino.*)

LAURA.—¿Espionado dice? Yo no soy una espía. (*Cambiando de idea.*) Y la prueba es que me doy por vencida.

DESTOURNELLES.—¡Bravo!

LAURA.—Pero quiero probarte que no soy tonta. (*Pausa.*) Entre usted, Destournelles.

DESTOURNELLES.—¿Usted quiere?

LAURA.—Se lo ruego. (*Destournelles va a dirigirse al cuarto; Héctor a Laura, en voz baja y suplicante.*)

HÉCTOR.—¡Laura, por Dios!

LAURA. (*Comprende la situación, se echa a reír y dice, poniéndose delante de la puerta:*)—No entre usted, no; sería capaz de hacerse cómplice de Héctor; no me fío. Entraré yo. (*Entra, Héctor no sabe qué hacer.*)

DESTOURNELLES.—¿Amigo mío, hay o no hay tapada?

HÉCTOR.—No y mil veces no. (*Sale Laura disimulando.*)

DESTOURNELLES.—¿Y bien?

LAURA.—Nada.

DESTOURNELLES.—¡Ah! ¡Qué chasco, señora! ¡Bien se ha burlado de nosotros!

LAURA.—Sí, ha sido muy ingenioso, lo reconozco, y te ruego que me perdones.

DESTOURNELLES.—Vaya Héctor, se acabó: las paces; yo me retiro... Señora... Cómo se va a reír mi mujer cuando se lo cuente. ¡Ja, ja! ¡Qué chasco, señora, qué chasco... ¡Ja, ja! (*Mutis por la derecha.*)

LAURA.—Ni una palabra, nada...

HÉCTOR.—Oye...

LAURA.—¡Hipócrita, hipócrita, mal hijo! (*Hace mutis llorando, Héctor la sigue y ella cierra por dentro, dándole un portazo, Héctor al verse libre va a sacar a Albertina, ésta sale desfallecida.*)

HÉCTOR.—¡Salga, no hay peligro!

ALBERTINA.—¡Qué espanto! ¡Pobre Laura, nos ha salvado!

HÉCTOR.—Váyase usted pronto. (*Don Rómulo puerta derecha agitado.*)

RÓMULO.—El señor Destournelles que ha olvidado su cartera. (*Se queda en el dintel.*)

ALBERTINA.—¡Jesús! (*Desfalleciendo.*)

HÉCTOR.—Pronto, el velo (*La cubre con el velo de Albertina. A Rómulo.*) Sálveme, sálvame. El abrigo. (*Le pone el abrigo de Laura, que ésta dejó olvidado a su salida, y a Rómulo su sombrero de copa, y le cuelga del brazo a Albertina. Entra Destournelles y ve el grupo.*)

DESTOURNELLES.—¡La tapada!

RÓMULO.—Es una dama; absténgase de hacer juicios temerarios... Qué caramba, también tiene uno su poquito de partido.

DESTOURNELLES.—Ja, ja. Esto es gracioso, muy gracioso...

HÉCTOR.—¡Vaya! ¡Gracioso! (*Los dos sentados muertos de risa. Telón rápido.*)

## ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto; han pasado seis u ocho días, desde el segundo. Es de día.

Aparece Tommy. Luego Carlota por el foro, o segunda izquierda, con servicio de café.

CARLOTA.—¡Tommy! ¡Tommy!

TOMMY.—Señorita Carlota.

CARLOTA.—¿Quiere usted ayudarme? (*Dejan el servicio de café sobre la mesita pequeña.*)

TOMMY.—Encantado, bella Carlota.

CARLOTA. (*Con picardía.*)—El café para la señora y el señorito Héctor.

TOMMY.—¡Oh! Desde hace ocho días hoy es el primero que lo toman juntos.

CARLOTA.—Es... el café de despedida. El señorito nos deja.

TOMMY.—¿Dónde va?

CARLOTA.—Cerquita. ¡A África!

TOMMY.—Permítame que lo dude, hoy como ayer, estoy seguro que pierde el tren; esto se repite hace una semana. Preparativos de viaje, y por la noche pérdida del tren... (*Don Rómulo por el foro, contrariado.*)

RÓMULO.—¿Qué hacen ustedes aquí?

CARLOTA.—Preparar el café; me lo ha ordenado la señora.

TOMMY.—¿Es cierto que nos dejan ustedes?

RÓMULO.—Así es.

CARLOTA.—¡Qué lástima!

RÓMULO.—¡Y tanta! (*Haber pasado el Rubicón...*)

CARLOTA.—¿La señora es quien?...

RÓMULO.—¡Sí!

CARLOTA.—Ella que parecía tan contenta, con tener al señorito a su lado; ¡vamos, a su hijastro!

RÓMULO.—¡Pchs! Fragilidad, tienes nombre de mujer, que dijo Guillermo.

CARLOTA.—Alguna visita de casa, ¿eh?

RÓMULO.—(Stalla mullier.) ¡Ese Guillermo no hace visitas ya!

CARLOTA.—¡Ah!

TOMMY.—De modo...

RÓMULO.—Que partimos cabe la ardorosa África a explorar el Nilo, "Nillus fumme" mientras el padre explora el Polo... (Decididamente esta familia no está bien en su casa, debían ser comisionistas.) (*Sale Laura, por su cuarto.*)

LAURA.—¿Y el señorito?

RÓMULO.—Díjome, poco há, que venía veloz.



LAURA.—Bien: traigan el café, pronto, a ver si el señorito pierde el tren como ayer, por culpa del retraso de estos malditos relojes.

RÓMULO.—(No caerá esa breva.)

LAURA.—Prepárese guantes, sombrero; voy a la estación, Carlota.

CARLOTA.—(Vamos, quiere facturarle ella misma: ¡ya.) (Mutis Carlota por la segunda derecha: Tommy se fué por el café, por la izquierda. Héctor viene por el foro.)

LAURA.—¿Estás listo?

HÉCTOR.—Del todo no... pero sobra tiempo.

LAU.—¿A qué hora has pedido el coche?...

HÉCTOR.—A las dos.

RÓMULO.—(Y el tren sale a las cinco; si que lo ha tomado con tiempo.)

LAURA.—A ver si también hoy pierdes el tren.

HÉCTOR.—No hay cuidado. (A Rómulo.) Aquí están las llaves, cierra los baúles y prepáralo todo.

RÓMULO.—¿Quiere decirse que indudablemente partimos?

HÉCTOR.—¡Sí, hombre, sí!

RÓMULO.—¡Suficit! ¡Partamos! (Peregrina idea la de marchar a Africa; con tanto negro!) (Mutis por el foro.)

HÉCTOR.—¿Has almorzado?

LAURA.—Sí, en mi habitación, como tú en la tuya... Desde hace ocho días, ni a comer juntos nos atrevemos.

HÉCTOR.—Es cierto. Pero esta situación termina, puesto que yo marchó.

LAURA.—¿Estás seguro?

HÉCTOR.—Qué duda cabe... ¿Crees que ayer perdí el tren por mi gusto?

LAURA.—¿No? Pero no me negarás que no te desagrada pasar un día más en tu casa.

HÉCTOR.—¡No! Te engañas; me contrarió y mucho. Decidido a partir ocho días hace, unas pocas horas sólo sirven para hacer más penosa la separación.

LAURA.—¿Es verdad! Decididamente debiste haber marchado ya.

HÉCTOR.—Y lo hubiera hecho; pero adónde dirigirme? ¿A Roma, a Londres, a Viena? No, todo está muy cerca... (Pausa.) Por fin, nuestro querido doctor, nos sugirió la idea de agregarme a la misión geográfica Guerrín, que va al Nilo.

LAURA.—¿Qué buen amigo!

HÉCTOR.—Como que allanó todas las dificultades en el Ministerio para que marchase.

LAURA.—Y menos mal que vas a Egipto... ¡Allí hace calor!

HÉCTOR.—Sí, Y no como en el Polo, donde no hay más que hielos. (Se quedan mudos mirándose; a la pausa entra Tommy con el café y licores.)

LAURA.—Toma. (Sirve ella el café.)

HÉCTOR.—Gracias.

LAURA.—¿Una copita Kummel? (Escanciando en dos copitas. Se miran con amor.)

LOS DOS.—¿A tu salud!

LAURA.—(Con el alma.) — ¿Te acuerdas, Héctor?

HÉCTOR.—Sí, aquí mismo... ¿Otra copa de licor!

LAURA.—¡Toda nuestra historia! (Evocan su primera entrevista.)

HÉCTOR.—¡Pobre historia!

LAURA.—¡Pobre... no, dolorosa, sí! Hemos sido dignos el uno del otro. ¡Abnegadamente honrados!

HÉCTOR.—¡Heroicamente! (Transición.)

LAURA.—¡Y a tiempo! Tu cómica aventura con Albertina fué el aviso.

HÉCTOR.—Debemos estarle agradecidos.

LAURA.—¡Bien mirado, la culpa pudo ser mía!

HÉCTOR.—¡Oh, no! Ni tuya, ni mía. ¡La fatalidad!

LAURA.—¿Tú crees?

HÉCTOR.—Ciertamente. Ni tú ni yo nos hemos buscado. La vida nos puso en un mismo camino... No somos los primeros, ni seremos los últimos... Hay mil ejemplos... créeme; cuando la fatalidad impera...

LAURA.—¿Siempre la fatalidad?

HÉCTOR.—¿Lo dudas? Otra prueba. Yo debí marchar ayer; todo estaba corriente y quedé en tierra... ¡Fatalidad!

LAURA.—Estos malditos relojes atrasan de un modo...

HÉCTOR.—Si esto no es la mano del destino... tú dirás.

LAURA.—¡Perdona! Esta vez fué la mía, que los atrasó.

HÉCTOR.—Tú... Entonces...

LAURA.—(Seramente.)—No, no. Debes marchar. Pero fuí débil y quise retenerte unas horas más a mi lado.

HÉCTOR.—(Quiere abrazarla.)—¡Oh, Laura!

LAURA.—(Deteniéndole.)—¡No, no!

HÉCTOR.—¡El abrazo de despedida!

LAURA.—(Vacila.)—Espera. (Va al caballo y vuelve el retrato de espaldas. Debe tenerse mucho cuidado de que el retrato caiga a tiempo, estudiado la manera de tirarlo al suelo.)

HÉCTOR.—¿Pero qué haces?

LAURA.—Volverle de espalda, para que no se entere.

LAURA.—(Se abrazan.)—¡Adiós, Héctor!

HÉCTOR.—¡Adiós, Laura! (Conmovidos.)

LAURA.—El deber nos obliga a separarnos.

HÉCTOR.—¡Odioso deber!

LAURA.—Nunca fué agradable. Si no existiera sacrificio en el cumplimiento del deber... ¿dónde estaría el mérito?

HÉCTOR.—¡Laura! ¡Laura!

LAURA.—No, Héctor; todo acabó.

HÉCTOR.—Si ya nos separamos para siempre... (Se miran extasiados, y por fin se abrazan. En este instante, el pobre marido cae al suelo.)

LOS DOS.—¡Ay!

HÉCTOR.—¿Qué ha sido?

LAURA.—¡El retrato! (temerosa.)

HÉCTOR.—¡Papá se ha caído!

LAURA.—Con tal que no se haya hecho daño. (Lo levanta y lo deja apoyado a las patas del caballo.) ¡Está intacto, Héctor!

¡Vete! ¡vete!

HÉCTOR.—¿Despedidos ya?

LAURA.—Sí. Adiós. (Mutis de Héctor anonadado. Tendiéndola la mano, que ella estrecha.) ¡Que se vaya y para siempre! (Pasándose la mano por la frente para desterrar



otros pensamientos. Al fin llama al timbre.)

CARLOTA.—¿Llamaba la señora?

LAURA.—Coloque ese retrato en su sitio. *(Hace mutis a su cuarto.)*

CARLOTA.—¿Cómo ha podido caerse? *(Le coloca en el caballete.)* La verdad es que es un hombre arrogante todavía.

*(El Doctor y Lavigné en la segunda puerta izquierda.)*

DOCTOR.—¡Pts! ¡Pts!

CARLOTA.—El doctor, el señor Lavigné...

DOCTOR.—¡Pts. ¿Dónde está la señora?

CARLOTA.—En sus habitaciones; voy a avisarla.

DOCTOR *(Deteniéndola.)*—No, no hay prisa. ¿Y el señorito Héctor?

CARLOTA.—En su pabellón, preparándose para marchar; ¿le llamo?

LAVIGNÉ.—No. Chist.

CARLOTA.—Pero...

DOCTOR.—Haga usted que no entre nadie aquí.

CARLOTA.—¿Ocurre alguna desgracia?

DOCTOR.—Al contrario. Su amo de usted...

CARLOTA.—¿El señor?

DOCTOR.—Lo verá usted muy pronto. Anda, que no entre nadie.

CARLOTA.—¿Descuiden los señores! ¡Qué contenta se va a poner la señorita! *(mutis por la segunda izquierda.)*

DOCTOR.—Ya está libre el campo.

LAVIGNÉ.—¿Que era lo que queríamos!

DOCTOR.—Pase usted sin miedo.

*(Entra Fabricio por segunda izquierda, tipo arrogante, frisa en los cincuenta y dos años, andar excoito, aspecto noble, de uniforme francés de diario, en la visera bordada su graduación, cinta roja en un ojal. Es un hombre, y un marino, que no ha visto a su mujer; tres años hace! y viene de viaje...)*

COMODORO.—¡Por fin en mi casa! ¿Y mi mujer? ¿Y mi mujer? *(Arrojando el abrigo.)*

DOCTOR.—En su habitación;

COMODORO *(Va a la puerta.)*—Está allí, ¿verdad?

DOCTOR.—Déjenos tiempo para prevenirla. *(Sujetándole.)*

COMODORO.—¿Tiempo? Tiempo... Si vinieran ustedes del Polo, ya me lo dirían; tres años sin verla...

DOCTOR.—Cuando se esperan tres años, bien se puede esperar cinco minutos.

COMODORO.—¿Todavía?

LAVIGNÉ.—Una alegría imprevista...

DOCTOR.—¿Qué sorpresa va a tener!

COMODORO.—¿Ya lo creo! *(Se sienta.)*

DOCTOR.—Animo, Comodoro. ¿Es usted o no es usted hombre?

COMODORO.—Ya lo creo; no lo dude usted.

DOCTOR.—Pues entonces...

COMODORO.—Díganle que no ha sido culpa mía permanecer tanto tiempo lejos...

DOCTOR.—Sí, sí...

COMODORO.—Y que ni un instante la he olvidado... *(Medio mutis, y vuelve.)*

LAVIGNÉ.—Entre usted allí...; espere...

COMODORO.—Pero si es que...

DOCTOR.—Vamos, que llega. *(Empujándole al foro.)*

LAURA *(Con sombrero.)*—¿Ustedes aquí?

LOS DOS.—Sí, nosotros.

LAURA.—¡Ah, ya! ¿Vienen ustedes a despedir a Héctor?

DOCTOR *(Riendo.)*—Naturalmente, nosotros...

LAURA.—Sí, se alegran ustedes de que se marche.

DOCTOR.—Ya volverá.

LAVIGNÉ.—Todo el que se marcha, vuelve.

LAURA.—¿Qué dice usted?

DOCTOR.—Que se vuelve de todas partes...

LAVIGNÉ.—Hasta del Polo.

LAURA.—¿Mi marido! ¿Hay noticias?

LOS DOS.—Más que noticias. Sí, señora.

LAURA.—¿Ha escrito?

DOCTOR.—Mejor aún.

LAURA.—¿Está en París?

DOCTOR.—Todavía mejor.

LAURA.—¿Aquí?

DOCTOR.—Mírele usted. *(Sale el Comodoro que se precipita en los brazos de Laura.)*

COMODORO.—¡Laura, mi querida Laura!

LAURA.—¿Tú? ¿Pero eres tú? *(Pausa larga, asombrada y perpleja.)*

COMODORO.—¡Yo mismo, en persona!

LAURA.—¿Fabricio, qué sorpresa, qué emoción!

DOCTOR.—¿Qué escena, eh?

LAVIGNÉ.—¡¡ Conmovedora!!

COMODORO.—¡Por fin estoy a tu lado!

LAURA.—¿Parece un sueño! ¿Pero por qué tardaste tanto?

COMOD.—No es fácil hacer lo que se quiere en el Polo, y bloqueados por todas partes...

DOCTOR.—Sin recibir noticias...

COMODORO.—¡Difícil es comunicarse a seis mil millas! Nieve, témpanos, hielos...

LAURA.—¿Y las palomas mensajeras?

COMODORO.—No quedó una.

LAURA.—¿Qué fríos habrás pasado!

COMODORO.—Frios, escorbuto..., pero no hablemos más de ello; por fin me veo aquí, ¡en mi casa, a tu lado!

LAVIGNÉ.—Qué efecto le habrá producido París; los boulevards, la gente...

COMODORO.—Figúrense ustedes; tres años no viendo más que focas y osos.

LAURA.—¿Qué espanto!

COMODORO.—Y ahora aquí, al lado de mi mujercita... ¡Estás más linda que cuando marché.

LAVIGNÉ.—¡Claro, acostumbrado a no ver más que focas!...

COMODORO.—Siempre pensando en ti. *(La acaricia.)*

DOCTOR.—Nosotros nos retiramos.

LAURA.—¿Pero volverán ustedes?

COMODORO.—(No creo que hagan falta.)

LAVIGNÉ.—¿Esta noche?

COMODORO.—(O mañana.) Para qué se van a molestar...

DOCTOR.—Es cierto. Enhorabuena...

COMODORO Y LAURA.—Gracias.

LAVIGNÉ.—Lo mismo digo.

COMODORO Y LAURA.—¡Adiós, adiós!

DOCTOR.—¡Por qué no se le comerta un cso blanco! Adiós.

COMODORO *(Con explosión, cogiéndola las*



manos.)—Al fin... solos (*Se sientan juntos. El es todo fuego.*)

LAURA.—Me parece mentira, tres años.

COMODORO.—¡Tres! ¡Sí! ¡Tres! ¡Cuántas cosas tengo que decirte, Laura!

LAURA.—¿Pensabas en mí?

COMODORO.—¡De día, de noche, en esas eternas noches polares tú sola llenabas mi pensamiento!

LAURA.—Y yo, esperando siempre! Pero al fin viniste y estás a mi lado.

COMODORO.—¡Oh, qué viaje! No quise que el Ministerio te anunciase mi vuelta, para sorprenderte. Creí que no llegaba nunca...

LAURA.—¿Has hecho muchas escalas?

COMODORO.—Sí, algunas.

LAURA.—¡Ah!

COMOD.—Las precisas para aprovisionarnos.

LAURA.—Dime que no me has olvidado!

COMODORO.—Te lo repito. Tu recuerdo era mi solo consuelo.

LAURA.—Y el mío: porque, mira, la esposa es algo así... (*Haciéndole comprender los peligros que corre una mujer sola.*) ¿cómo diría yo?... Sí: un armonioso instrumento que sólo tañe las manos del esposo; él le comunica su alma, le da vida, arrancando las dulces notas de amor...; pero si un día se ausenta, queda como dormido, aletargado...; sus notas ya no vibran, ya no hay dulces armonías... Sólo quejido de dolor exhala, llamando al ingrato que le abandonó.

COMODORO.—Bien, sí; ¿pero qué?...

LAURA.—¡Que nunca falta un aficionado a la música!

COMODORO.—¿Acaso?...

LAURA.—Sí, Fabricio, sí, acechada de continuo.

COMODORO.—¡Ah!, vamos..., algún amigo leal.

LAURA.—Que nunca faltan..., y además que...

COMODORO.—¿Qué?

LAURA.—Que existen peligros mil para una mujer que está sola tres años.

COMODORO.—¡Oh!

LAURA.—No lo dudes. ¿Conoces la fábula de los palomos?

COMODORO.—No recuerdo...

LAURA.—Dice así, en esencia: Erase que se era un lindo y esbelto palomar que airoso al cielo se levantaba. Nido de amor era aquel de dos blancos palomos torcaes. Entre arrullos mil de amor deslizábase su existencia. Dorada es la paloma, como la dicha; negro y tornasolado plumaje ostentaba su señor... Partióse un día el palomo en busca de ofrenda amorosa que ofrecer a su paloma. Murió la tarde, alumbraron las estrellas y el palomo no tornó... Muchos días le llora su compañera... Muere de amor y pena la paloma de plumas de rosa, cuando a los primeros filios rayos que anuncia el nuevo día, albo palomo de ajeno palomar viene a arrullarla... Es gracioso y gentil como un sueño... La paloma tiembla, mira al espacio llamando con trinos a su perdido compañero... y...

COMODORO.—No sigas, no, adivino el final. Vuelve el palomo al nido de amor que abandonó, y huye el intruso.

LAURA.—Así es, y ya era tiempo...

COMODORO.—Bien lo veo, mi adorada Laura, pero todo acabó; ya estoy aquí... (*Transición.*) ¿Tú sabes tres años los días que tienen?

LAURA.—¡Pues y las noches!

RÓMULO (*Por el foro, con maletas.*).—¡Llegó la hora...! ¡La señora, en brazos de un...! ¡El Comodoro!

COMODORO.—¿Quién?

RÓMULO.—¡Yo!

COMODORO.—¿Y quién es yo?

RÓMULO.—Rememore vneencia.

COMODORO.—¿Qué dice este señor?

LAURA.—¿No te acuerdas? Este señor, es...

RÓMULO.—Rómulo Scipión de Tromanges, en Nievre!...

COMODORO.—¡Ah! El profesor de Humanidades.

RÓMULO.—¡Humildísimo servidor! ¡Oh! ¡Qué jubilosa nueva para Héctor Fernando!

LAURA.—(Llegó el momento.) Está aquí. Durante tu ausencia... Sí..., supuse que te sería grato, y se quedó en casa.

COMODORO.—¿Pero quién se quedó durante mi ausencia?

LAURA.—¿Quién ha de ser?... El.

RÓMULO.—Eso es, él... Vamos, el muchacho.

COMODORO.—Qué muchacho, ni qué...

LAURA.—¿Pues... tu hijo!

RÓMULO.—Héctor Fernando, ¡su hijo!

COMODORO.—¡Ja, ja, ja! Pero si yo no he tenido nunca hijos.

LAURA.—¿Que no es tu hijo Héctor?

COMODORO.—¡Ah, ya! ¿Tú lo has creído así? Pues no es mi hijo.

RÓMULO.—(Al cabo, un marinerote.)

LAURA.—Pero si tengo pruebas, cartas...

COMODORO.—¿Y todo eso qué? ¿Qué prueba?

RÓMULO.—Perdone el señor; pero usted veía harto frecuentemente a verle al pueblo.

LAURA.—Pagabas su manutención, todo...

COMODORO.—Yo pagaba, es cierto; yo iba a verle; pero, después de todo eso, no soy su padre.

LOS DOS.—¿Qué?

COMODORO.—Ya te explicaré...

LAURA.—¡Oh! ¿Para qué? Desde el momento en que no es tu hijo, nada tienes que explicarme...

RÓMULO.—¡Bueno! ¿Entonces no marcharemos? Corro a decirle a Héctor.

COMODORO.—¡Ah! ¿Pero es que se marchaba? ¿Dónde iba? ¿Quizá en mi busca?

LAURA.—¡Justamente!

COMODORO.—¡Oh! Muy digno. Bien por el chico, pero ya no es preciso, puesto que estoy aquí.

RÓMULO.—(Vuélveme a deshacer los baúles.) Señor... (*Mutis por el foro, contentísimo.*)

LAURA.—Y si no es tu hijo, ¿por qué?

COMODORO.—¿Por qué me encargué de él? Muy sencillo. Héctor es hijo legítimo de un compañero mío y de una dama aristocrática, que murió al darle a luz... Fué un legado que me hizo su padre al caer herido, en el puente de nuestro barco, peleando en Haiphong, allá en Tonquin; yo juré a mi cama-



rada velar por él y educarle hasta que, a su mayor edad, entrase en posesión de la fortuna que sus parientes retenían, por ser hijo de un oficial de fortuna.

LAURA.—¡Una novela!

COMODORO.—Eso es. Volví a Francia; hícele educar..., y en fuerza de verme, la criatura me cobró cariño; las pocas veces que iba a visitarle corría a mi encuentro, gritando: "¡Papá, papaito, rico, viva mi papá!" (Un poco tierno.)

LAURA.—¡Pobre Héctor! (Conmovida.) ¿Y se llama?

COMOD.—Héctor Fernando de la Vallete.

LAURA.—Pero por qué al casarnos no...

COMODORO.—Quise hacerlo, pero no lo consideré muy urgente, y además... (Entra Tommy primera izquierda.)

TOMMY.—El subsecretario del señor ministro de Marina, ruega al señor se ponga al aparato.

COMODORO.—Que vaya al... diablo el subsecretario... ¿Ya empezamos? (Mutis Tommy.)

LAURA.—¿Dices que no era urgente?... Pudo turbar nuestra dicha.

COMODORO.—Nada de eso, porque tengo los documentos que prueban todo... Quise dejar pasar el tiempo, nada más.

LAURA.—Más vale así...; lo que son las cosas... Yo, hasta lo encontraba parecido a ti. (Riendo.)

COMODORO.—¡Ja, ja, ja!

LAURA.—Esto ya es otra cosa; porque, mira, llegué...

COMODORO.—A tener celos, ¿no es eso? (Timbre, primera izquierda, muy prolongado.)

LAURA.—Sí, sí; unos celos horribles.

TOMMY (Entrando).—Señor; el ministro de Marina, en persona, ruega al señor acudir al teléfono.

COMODORO.—Que... a este no puedo mandarle a ninguna parte. Vuelvo en seguida. (Mutis primera izquierda.)

LAURA.—¡Ay! qué peso se me ha quitado de encima... ¡El!... (Héctor por el foro.)

HÉCTOR.—Perdí el tren. Si lo decía; la fatalidad que me retiene.

LAURA.—No, Héctor...; debes partir como sea. ¡Esta noche!

HÉCTOR.—¿Por qué?

LAURA.—Porque... ¡él ha vuelto!

HÉCTOR.—¿Quién?

LAURA.—Mi marido.

HÉCTOR.—¿Cómo? ¿Cuándo?

LAURA.—Hace poco; no pude avisarte; marchabas... Ya ves que es preciso que...

HÉCTOR.—Es verdad. (Anonadado. Pausa.) ¿Dónde está?

LAURA.—Telefonando con el ministro... Se generoso, parte.

HÉCTOR.—Pero no puedo marcharme así, como quien huye... Debo verle; al cabo es mi padre.

LAURA (Con esfuerzo).—¡No lo es!

HÉCTOR.—¿Qué dices?

LAURA.—Que no eres su hijo.

HÉCTOR.—Entonces... ¿quién es mi padre?

LAURA.—Un valiente oficial, que murió al lado de mi marido. El te adoptó tan sólo.

HÉCTOR.—Y... (Avergonzado.)

LAURA.—Tranquilízate. Llevas un nombre honrado y legítimo; mi marido tiene todos los documentos del señor de la Vallete, tu padre.

HÉCTOR.—¿No me engañas?

LAURA.—Te lo juro.

HÉCTOR.—No soy su hijo. (Con pesar y confundido.)

LAURA.—¡No!

HÉCTOR.—Entonces, no tengo por qué marchar. (Con transición enérgica.)

LAURA.—¿Qué dices?

HÉCTOR.—Desde el momento que nada me liga a él, que soy un extraño en esta casa..., me quedo a tu lado.

LAURA.—¡Héctor!

HÉCTOR.—Ya nada impide que seamos dichosos... Te adoro; tú me amas.

LAURA.—¡Eso es una locura! ¡Por Dios, que puede volver! (Violenta.)

HÉCTOR.—Está ocupado con el ministro. (Va hacia ella.)

LAURA (Enérgica).—¡Llamaré.

HÉCTOR.—¡No serás tan cruel; tú me amas! (Con gran esfuerzo, pero digna y resuelta.)

LAURA.—No, Héctor, no. Lo que juzgaste amor era... simpatía infinita, atracción, sin duda... Mas cuando he vuelto a encontrar a mi esposo, he comprendido que sólo soy y puedo ser suya.

HÉCTOR.—¡Me has engañado! (Amargamente.)

LAURA (Pausa penosa).—No te engañé. (Sincera.) Te amé siempre como el primer día... ¡Recuerdas mis palabras? ¡Como una hermana!... (Ambos lloran con el corazón.)

HÉCTOR.—¡Laura! (Ahogado, casi sentido.)

LAURA (Muy dulce, casi acariciando sus cabellos, como una madre le dice a su oído, con el alma toda).—Mas no temas... El recuerdo de nuestra dulce amistad no se borrará de mi memoria nunca. ¡Será... algo, algo así semejante a un sueño delicioso de mi amarga vida, un puñado de flores lozanas que guarda el libro predilecto, y me será dulce, muy dulce abrirle alguna vez para contemplar las pobres flores, mustias, sí, pero muertas, nunca! (Ahogada en llanto.)

HÉCTOR.—¡Laura, cómo olvidar!...

LAU.—¡Me olvidarás! Los hombres sois así.

HÉCTOR.—¡Jamás!

LAURA.—Es palabra esa que no existe en el lenguaje del amor. El tiempo borra, mata todos los recuerdos; ¡sí!, todas las ilusiones se esfuman. (Pausa.) Sepáremosnos serenamente, sin lágrimas... (Conteniendo las suyas.)

HÉCTOR.—Y estás llorando. (Laura, apoderándose del pañuelo de Héctor, se enjuga los ojos.)

LAURA.—No es nada; son las lágrimas de una pobre mujer...; tómalas. (Le da el pañuelo.)

TOMMY.—Los señores Destournelles.

HÉCTOR (Asonbrado).—¡Albertina!

LAURA.—Aquí... (Transición.) Que pasen. (A Héctor.) Silencio.

ALBERTINA.—¡Oh!, querida amiga, qué alegría.



DESTOURNELLES.—Hemos sabido la noticia, la vuelta del viajero.

LAURA.—¿Saben ustedes?

DESTOURNELLES.—No se habla de otra cosa en París; los transparentes del *Figaro*, *Le Temps*, todos publican la noticia.

ALBERTINA.—Su regreso les habrá llenado de júbilo.

LAURA.—Ciertamente; esa es la palabra.

ALBERTINA.—¿Y dónde está, dónde está nuestro querido amigo?

LAURA.—Nuestro querido amigo, como tú le llamas, telefona en este instante con el ministro.

DESTOURNELLES.—Estamos ansiosos de estrechar su mano.

ALBER.—¿De felicitarle, de felicitaros!

LAU.—Si quieren esperar, pronto vendrá.

ALBERTINA.—¿Pero no seremos indiscretos?

LAURA.—¿Tú... nunca!

DESTOURNELLES.—Mi mujer tenía vivo interés; pero tememos estorbar...

ALBERTINA.—¿Las expansiones de familia a tres debe ser algo muy conmovedor!

DESTOURNELLES.—Te olvidas decir a Laura que al propio tiempo venimos de despedida.

LAURA.—¿Cómo así?

ALBERTINA.—Estamos de viaje.

DESTOURNELLES.—Ella se ha empeñado; desde hace ocho días no piensa en otra cosa. Precisamente el día...

HÉCTOR.—¿Que olvidó usted su cartera?

DESTOURNELLES.—Sí.

HÉCTOR.—¿Ah!

DESTOURNELLES.—¿Desde ese día está nerviosa, agitada!

LAURA.—Pobre amiga mía; ¿qué será?

DESTOURNELLES.—Nada, cosas de ustedes; los nervios, neurastenia. Ja, ja. Pero ha cobrado un horror a París... que, nada, nos vamos.

LAURA.—¿Vaya, vaya un marido!

DESTOURNELLES.—No soy malo, ¿verdad, monina? (*Acariciándola*).

ALBERT.—No seas ridículo. (*Le rechaza*).

DESTOURNELLES.—Ja... ja... Ven ustedes; los nervios... Antes, ella era mimosa, y ahora... Ja, ja; todo los nervios.

HÉCTOR.—Claro.

LAURA.—¿Y adónde se dirigen ustedes?

DESTOURNELLES.—Haremos un crucero por el Mediterráneo, a bordo de un yacht de un primo mío.

HÉCTOR.—Vaya, ¿eh?, ¿de un primo!

DESTOURNELLES.—¿Pero no está contenta!

ALBERTINA.—Crearás que es muy agradable la idea de balancearse en el agua durante unos meses los dos solos.

LAURA.—(¿Solos?... ¡Sí, por qué no!)

HÉCTOR.—Albertina tiene razón; aunque no falte el cariño, siempre es un poco monótono encontrarse solos...

DESTOURNELLES.—Eso pensaba yo...; no tener siquiera con quién jugar un bridge.

LAURA.—Y estando así, tan nerviosa..., una distracción... Algo... Amigos... Un compañero de viaje.

DESTOURNELLES.—¿Y dónde se encuentra?

LAURA.—¿Qué sé yo...; pero buscando..., quizá... ¡Ah! Ya lo encontré.

ALBERTINA.—¿Qué?

LAURA.—¿Aquí está!

HÉCTOR.—¿Yo?

DESTOURNELLES.—¿Héctor!

LAURA.—¿Héctor Fernando, que también se disponía a partir!...

ALBERTINA.—¿Ah!

DESTOURNELLES.—Y por qué...

LAURA.—¿Los nervios! ¡También nervioso!

DESTOURNELLES.—¿Vamos, si le digo a usted que esto es una enfermedad general!

ALBER. (*Confundida*).—(Pero, Laura...)

LAURA.—(Por algo soy tu mejor amiga.)

DESTOURNELLES.—Bien se lo puede agradecer...

LAURA.—No; al contrario: le pago así un gran favor que me ha hecho.

DESTOURNELLES.—¿Qué ha sido?

LAURA.—¿Ah! ¡Es un secreto, amigo mío!

HÉCTOR (*Bajo*).—(Pero yo...)

LAURA.—(¡El sueño ha terminado!)

DESTOURNELLES.—Entonces mañana, ¿eh? (*Estrechando la mano de Héctor*).

COMODORO (*Salte*).—¡Oh, perdonen ustedes, no sabía!... ¡Los señores Destournelles!

DESTOURNELLES.—¿Bien venido!

ALBERTINA.—Sea enhorabuena.

COMODORO.—Gracias..., pero... ¡Oh! ¡Héctor! ¿Cómo has cambiado, chiquillo...

HÉCTOR.—¿Señor!

COMODORO.—¿Señor! (*A Laura*). ¿Sabe? LAURA.—(Todo.) Y se marcha hasta que tome posesión de su herencia.

HÉCTOR.—¿Sí, señor!

COMODORO.—Señor...; nada de eso... Llámame como antes; nada ha cambiado entre nosotros.

ALBERTINA.—¿Que no es su hijo? (*Que hablan en voz baja*).

LAURA.—No, no es su hijo; mi marido le adoptó tan sólo.

RÓMULO (*Satisfechísimo*).—¿Ya está, ya he deshecho los baúles!

HÉCTOR.—Pues vuélvelos a hacer, porque nos marchamos.

RÓMULO.—¿Bromitas, no!

COMODORO.—No hay tal broma; marchan ustedes, marchan a hacer un viaje...

HÉCTOR.—¿Por el Mediterráneo! Sabes...

RÓMULO.—Lo sé. *Mare nostrum*... ¡Pues voy a rehacer los baúles!

COMODORO (*A los Destournelles*).—¿Y cuándo vuelven ustedes?

DESTOURNELLES.—De aquí a cuatro meses.

COMODORO.—Entonces ya no nos encontraremos...

TODOS.—¿Cómo?

COMODORO.—El ministro me ha encomendado una nueva misión.

LAURA (*Asustada*).—¿Te vas otra vez?

COMODORO.—¿Pero esta, acompañada de mi mujercita!

LAURA (*Arrojándose a los brazos del Comodoro y mirando a Héctor*).—¿Sí, sí! yo no me quedo sola... Es demasiado peligroso.

(*Telón*).

Luis Reig.  
Ayuntamiento de Madrid



**Aceites y grasas  
-:- lubricantes -:-**

*insuperable  
para  
el engrase  
de  
los autos*

SUCESORES DE  
**E. Steinfeldt**



# OLEO-MOTOR

*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15  
Teléfono 984  
**MADRID**

## MONTANO

Pianos de esta acreditada marca y de las más reputadas del extranjero. Los mejores aparatos para tocarel piano. Última creación en Autopianos y eléctricos. Armoniums y rollos extranjeros de música de 65, 78 y 88 notas. Primer servicio para el traslado de pianos. Salón de Cencieros.

**San Bernardino, 3  
MADRID.**

## LOS MUCHACHOS

SEMANARIO INFANTIL

Se publica los Domingos.

# ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico.

**Precio del número: 25 céntimos.**

Ayuntamiento de Madrid



## SUMMIT

Tónico nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedid prospectos.

El **SUMMIT** combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositorios: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

## SUMMIT

Tónico nervioso

## J. G. DE AMÉZAGA & C.º

Específicos, Productos químicos y Farmacéuticos,

Perfumería, Drogas, Representaciones.

BARCELONA.—Fernando, 57.—BARCELONA

### SANTAL-BLANC

Medicamento indicadísimo para la curación de la Blenorragia, Cistitis, Prostatitis, y demás enfermedades de las vías urinarias.

### Productos químicos enológicos

Ácido tartárico. Ácido cítrico. Antifermentos. Albuminas de sangre y de huevos para clarificación de vinos. Gelatina en placas «La Parfaite. Colas. Clarificantes líquidos.

Representantes depositarios en Cataluña de las Especialidades del Laboratorio Espinar, de Sevilla; de las especialidades farmacéuticas de J. Capdevila Ademá; de los productos farmacéuticos de F. Blanc. de Narbone (Francia); de las especialidades de la S. A. Yodógeno Cubas y de los productos químicos enológicos de la casa Charles Estager, de Burdeos (Francia).

NOTA.—La casa J. G. de Amézaga & C.º, enviará gratuitamente a cuantas personas lo soliciten, catálogos y prospectos explicativos de los productos farmacéuticos y químicos que expende.

## “ Z E A ”

### PURGANTE

eficaz, agradable, inofensivo. El mejor para los niños.

25 céntimos

### SELLO

cura rápidamente dolores de cabeza, muelas, oídos, etc. corrige y evita los dolores del período.

30 céntimos

De venta en Centros de Específicos, Farmacias y Droguerías de toda España.  
Especialidades “ZEA” Fontuny, 15, Barcelona.